

Apuntes sobre un liberal agrario: Mariano Matesanz de la Torre (1867-1945)

FERNANDO DEL REY REGUILLO

No es ningún secreto que la biografía constituye un camino privilegiado para adentrarse en universos del pasado que trascienden al individuo estudiado. La de Mariano Matesanz se ajusta perfectamente a este aserto. Su figura reviste interés por varias razones. En primer lugar, por su dilatada trayectoria pública, que se extiende ininterrumpidamente desde los primeros años del siglo xx hasta 1936, lo que permite bucear a través de su persona en las continuidades que de hecho se dieron entre el régimen de la Restauración, la dictadura de Primo de Rivera y la II República, unas continuidades más importantes de lo que habitualmente se subraya —en cuanto a las prácticas, la cultura y el personal políticos—, con independencia de las profundas rupturas que definieron traumáticamente el período. En segundo lugar, Matesanz atrae la atención del historiador porque combinó un perfil muy complejo, a medio camino entre el político profesional, el empresario privado y el líder corporativo de muy importantes grupos de presión económicos. Tal circunstancia propicia explorar la dialéctica que se planteó entonces entre la economía y la política, entre el mundo de los intereses empresariales y la lógica partidista. Por último, nuestro actor merece analizarse en tanto que ideólogo y agente movilizador fundamental del *agrarismo* español, un fenómeno político difuso y de contornos imprecisos, plasmado en diversas corrientes entroncadas con el regeneracionismo de entresiglos, que, aunque no se materializó hasta muy tarde en un partido político, recorrió la época y tuvo su expresión en nuestro país al igual que en otras partes de Europa (Polonia, Rumanía, Hungría, Bulgaria...).

LA FORJA DEL EMPRESARIO Y DEL POLÍTICO

Por motivos puramente accidentales, Mariano Matesanz de la Torre nació en Arganda del Rey (Madrid) el 29 de julio de 1867, aunque sus raíces y su entorno, como también sus progenitores, eran inequívocamente segovianos. De la provincia de Segovia procedía su padre, Zenón Matesanz, originario de Navalmanzano, y también su madre, Eulogia de la Torre, que vio la luz en Cuéllar. Con apenas dos años de edad, Mariano fue llevado a Segovia, donde transcurrió su niñez y juventud en el contexto de una familia de clase media relativamente solvente. Ese estatus le permitió acceder a la enseñanza media y universitaria, privilegio reservado a muy poca gente en esa época como es sabido, aunque no sin esfuerzo por su parte

al tener que combinar los estudios con el trabajo. La proximidad de Segovia con Madrid —con la que mantenía ya una clara relación subordinada— hizo que el joven Mariano pronto se buscara un horizonte vital en la Corte. Con cierto retraso para los hábitos del momento y por la razón que se acaba de indicar, el 20 de enero de 1887, con 19 años de edad, obtuvo el título de bachiller en el Instituto San Isidro de la capital. Después, los estudios preparatorios de la licenciatura en Derecho los cursó en la Universidad de Zaragoza, para dos años más tarde, en 1889, de nuevo en Madrid, iniciar la carrera, que concluyó en 1893, a los 26 años. En el examen de revalida alcanzó la calificación de sobresaliente, pero de ahí no se puede colegir que Matesanz fuera un estudiante brillante. En realidad, no lo fue, sin duda por tener que continuar simultaneando su formación intelectual con su profesión circunstancial de entonces, aprendiz de farmacia. De un total de dieciséis materias cursadas en la licenciatura, consiguió seis aprobados, seis «buenos» y cuatro notables, superando tres de esas asignaturas en la convocatoria de septiembre. Sin embargo, ese temprano encuentro con el mundo del trabajo le ayudó a moldear un carácter duro y combativo que le acompañó a lo largo de toda su vida, que se proyectó en su espíritu emprendedor y en su afán por mejorar su formación de manera continuada en sus funciones de político y líder corporativo. Del mismo modo, su paso por las boticas posiblemente algo tuvo que ver con su actividad empresarial posterior, muy vinculada, entre otras ramas productivas, con la industria química¹.

Aunque licenciado en Derecho como tantos otros que se catapultaron a la política durante la Restauración, Matesanz fue por todos los conceptos un hombre de negocios, un empresario que pronto diversificó sus inversiones entre la agricultura, la industria, el comercio y las finanzas. Su trayectoria empresarial se inició con la compraventa y difusión de los abonos entre los campesinos de Castilla, pero luego amplió su estrategia inversora con la compra de propiedades rústicas y urbanas y su implicación en empresas eléctricas y del sector químico, aparte de otras actividades. Desde muy pronto, en estas tareas, como después en su faceta de líder agrario y mercantil, Matesanz apuntó como un modernizador vocacional, siquiera desde un punto de vista técnico. Ello no le privó, tanto en sus inquietudes profesionales como en su actividad pública, de dar prioridad a la agricultura, a la que siempre consideró la base fundamental de la economía española. Muy preocupado del crecimiento y desarrollo del sector, se empuñó a fondo en la mejora de la productividad de la tierra, valiéndose para ese fin de la propagación de la agronomía a lo largo y ancho del país. Per-

¹ En noviembre de 1896, Mariano Matesanz contrajo matrimonio con Manuela Díaz-González Folguera, de la que tuvo una hija, María. Breves trazos biográficos, en Sánchez de los Santos (1910), pág. 278 e id. (1914), págs. 300-301; *Enciclopedia...* (1917), págs. 963-964 y Carasa (1997), vol. I, págs. 388-389 y vol. II, pág. 357. Un retrato más completo, que se detiene en el perfil empresarial del personaje, en Rey Reguillo (2004). Su partida de bautismo, su acta de defunción y los datos relacionados con sus estudios, en *Archivo de la Cámara de Comercio e Industria de Madrid* (en adelante, *ACOCIM*), Expediente personal de Mariano Matesanz.

sonalmente se afaná en introducir la práctica del abonado en la agricultura segoviana. Porque Mariano Matesanz, además de empresario, fue también un propagandista plenamente convencido de su labor. Digamos que en este sentido supo combinar muy bien las aspiraciones de su bolsillo con sus ideales redentoristas respecto al campesinado español. A la postre, sus esfuerzos en aras de la mejora de la agricultura nacional le depararon una gran rentabilidad política, al menos hasta 1923².

Fue al poco de ultimar sus estudios universitarios cuando Matesanz se empeñó en la lucha por extender la utilización del superfosfato, un abono químico que entonces se traía del extranjero y cuyo incierto futuro se hallaba estrechamente ligado a la modernización de la agricultura española reclamada por los regeneracionistas de finales del ochocientos. Por esas fechas, en los años noventa del siglo XIX, en España apenas se empleaban otros abonos que los de origen animal o vegetal y, en mucha menor medida, el guano traído del Perú. El segoviano tuvo que vencer inconvenientes de todo tipo, entre ellos los arraigados prejuicios campesinos que hablaban de que aquel tipo de abono quemaba la tierra. Pero Matesanz puso gran entusiasmo en la tarea —«los mejores años de mi vida», escribiría luego—, de modo que sus primeros ahorros los dedicó a experimentar, al tiempo que se hacía agricultor y adquiría fincas cuya explotación condujo personalmente. A principios del siglo XX surgió la idea de fabricar estos abonos en España y Matesanz se halló entre los pioneros que arriesgaron sus bienes en el proyecto. De ahí partió la constitución en Badalona de la empresa «CROS, S.A.», que inició su actividad en 1904 con un capital de siete millones y medio de pesetas, y en la que Matesanz participó desde el principio. Luego, con el paso de los años, se fueron montando otras fábricas en Alicante, Santander, Valencia, Málaga, Sevilla y Lérida. Por esta vía de los abonos químicos fue como el segoviano se convirtió en defensor acérrimo de la tecnificación agraria, erigiéndose con otros de su misma estirpe y según sus propias palabras en «verdaderos apóstoles de la agricultura española»: «hablando constantemente en conferencias, visitando personalmente los pueblos, sosteniendo una correspondencia variada, extensa y constante». Sus campañas ayudaron igualmente a que los agricultores castellanos se acostumbraran al empleo de las letras de cambio. Para defender sus convicciones llegó incluso a fundar una revista especializada, *Los Abonos Químicos*. Pero aún más que los prejuicios campesinos, el mayor obstáculo para el desarrollo de la industria de fosfatos lo constituyeron las deficiencias de los transportes terrestres y marítimos autóctonos. En este sentido, el estallido de la guerra de 1914 resultó letal, no ya porque todos los países prohibieran la exportación de superfosfatos, sino también por el estrangulamiento del transporte ferroviario y del marítimo, cuyos precios ascendieron vertiginosamente al compás de la coyuntura para gran beneficio de las compañías de ferrocarril y de los navieros. Matesanz luchó con denuedo para conseguir una rebaja de tarifas.

² A ese espíritu redentorista alude Sánchez de los Santos (1910), págs. 278-279.

Sus invectivas contra las compañías ferroviarias y las navieras nacionales se escucharon en todos los foros de discusión pública. Pero al final los fabricantes españoles de abonos no tuvieron más remedio que procurarse su propia flota. Pese a estos problemas, hacia mediados de los años veinte la industria de los abonos químicos había alcanzado en España un nivel similar a las mejores de Europa en condiciones de eficiencia técnica y administrativa, hasta el punto de tener una capacidad sobrada en relación con la demanda de la agricultura nacional³.

Matesanz dio el salto a la política cuando ya disfrutaba de una posición económica desahogada, rebasada la treintena. Su incorporación a ese mundo sucedió, por tanto, en fechas relativamente tardías, lo cual sin embargo no fue óbice para que esta segunda vocación se prolongara prácticamente hasta el final de sus días. En virtud de sus precedentes, de una u otra forma su carrera siempre corrió paralela a sus intereses materiales y a sus convicciones como defensor de los sectores económicos que representó en las lides políticas, los agrarios y mercantiles en primer lugar. Su paso por la política dio rienda suelta cuando fue elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid y luego, poco después, al ser proclamado diputado provincial por el distrito de Navalcarnero-San Martín de Valdeiglesias en octubre de 1905. Así pues, en la Corte se fue haciendo un nombre y construyó su red de contactos y amistades, tarea que encontró acomodo a través de sus inversiones urbanas y financieras, pero también por medio de sus tempranas vinculaciones corporativas con varias asociaciones empresariales. No obstante, desde la atalaya de la política, su vida se desarrolló también en Segovia. De hecho, fue aquí donde se aupó como representante en Cortes, primero como senador y después como diputado. Como la mayoría de las provincias castellanas, una vez superada mal que bien la crisis agraria de finales del XIX, Segovia, con una demografía prácticamente estancada (apenas 150.000 habitantes hacia 1900), mostraba en los albores del nuevo siglo un paisaje monopolizado por el cereal, tanto en lo que se refería a la producción de trigo y otros cereales como en lo que hacía a la producción de harinas. Dado que la crisis agraria la golpeó duramente, la provincia se convirtió en terreno abonado a las prédicas regeneracionistas, que se tradujeron en la obsesión de sus políticos por dotarla de infraestructuras viarias, instituciones de crédito y otros impulsos que hicieran progresar su deprimida agricultura. Al igual que otros políticos castellanos de su generación, Mariano Matesanz y sus ideas fueron un producto típico de ese ambiente⁴.

³ Matesanz (1928b). En esta fecha, cuando llevaba treinta y cinco años luchando por la utilización del superfosfato en la agricultura española, reconocía que tenía parte de sus bienes personales invertidos en esa industria. Pero nuestro personaje no se limitó sólo a esta actividad. Sus recursos los orientó también a otros sectores de vanguardia y con mucho futuro, como el eléctrico o el químico. En consecuencia, Matesanz fue el típico empresario polifacético de la Restauración que conjugó su condición de propietario con otras actividades ajenas a la agricultura. Ver Rey Reguillo (2004), donde se aportan más datos sobre su fortuna y sus empresas.

⁴ Todo lo relativo a Segovia, en Carasa (dir.) (1997), vol. II, págs. 349-364.

Aunque Segovia fue un territorio de claro predominio conservador, Matesanz, que militaba en las filas del Partido Liberal, obtuvo un escaño de senador —de los tres en disputa en la provincia— durante tres legislaturas consecutivas (1910-1911, 1911-1914 y 1916-1918). Ello a pesar también del arraigo de los distritos *propios*, es decir, pertenecientes a las mismas sagas familiares y por eso mismo poco dóciles a los manejos y al control del Ministerio de la Gobernación. Después, una vez desgajado su partido en varias facciones, desde 1918 y hasta 1923, ahora por la Izquierda Liberal de Santiago Alba, ocupó un escaño de diputado por el distrito de Cuéllar en las cuatro legislaturas que se sucedieron en ese período. Matesanz vino a sustituir en ese feudo electoral al marqués de Santa Cruz, una vez fallecido éste. No obstante, con independencia del arraigo de los distritos propios, políticamente hablando Segovia fue un claro ejemplo de provincia dependiente de la política de Madrid. Durante la Restauración, en torno al 30 por ciento de los escaños en el Parlamento los obtuvieron diputados y senadores *cuneros*. Pero en este sentido Matesanz puede ser considerado una excepción. No fue exactamente un *cunero*, pero tampoco un político dependiente solamente de sus amigos políticos en la zona. Aunque no llegase a ser ministro, su condición de figura destacada del liberalismo albista le hizo tener un papel muy activo en el Parlamento, con frecuencia saltándose la disciplina de partido. Ese papel, como su propia independencia, se vieron reafirmados en tanto que representante de intereses económicos y portavoz de grupos de presión. No deja de ser curioso que Matesanz se convirtiese en senador antes que en diputado, pues lo normal en esta provincia, como en casi todas, fue lo contrario. Ello posiblemente se explica en virtud del rango de plataforma destinada a las elites económicas que preservó la Cámara alta. Matesanz tuvo así una fuerte y duradera vinculación política con Segovia, donde supo forjar una sólida red clientelar. Su estilo político agresivo, tan eficaz como teñido de cierto tono populista, a veces rayano en la demagogia, debió influir lo suyo⁵.

En contraste con su faceta de hombre de negocios, en el ámbito de la política, al menos hasta 1923, resulta más complicado ver a Mariano Matesanz bajo el signo de la modernidad. Ser representante en Cortes por Segovia, una tierra muy conservadora y tradicional, poco poblada, eminentemente rural, con frágiles redes de sociabilidad, desmovilizada y con un escaso grado de competencia y pluralismo ideológicos, no invitaba al remozamiento de las costumbres y las formas políticas. En las tres ocasiones en que se presentó como candidato al Senado, siempre sumó un número de votos que prácticamente coincidió con el total de electores que en el distrito tenían derecho al sufragio para elegir representantes en la Cámara alta, lo cual no deja de ser tan sorprendente como a todas luces sospechoso: 287 votos sobre un total de 297 electores en las elecciones de 1910; 288 votos sobre 288 en las de 1914, y 286 votos sobre 291 electores

⁵ Cuneros y distritos propios, en *Ibíd.*; Sánchez de los Santos (1910), pág. 279, alude entre líneas a la red clientelar.

en las de 1916. Tal unanimidad, que ni siquiera contemplaba un número razonable de abstenciones, por increíble, evidencia un fraude claro. Poco variaron las cosas cuando, a partir de 1918, cambió su condición de senador por la de representante en la Cámara baja. Bien es cierto que la ley electoral ayudó lo suyo. Matesanz perteneció al grupo de diputados que fueron elegidos por el artículo 29 en las cuatro elecciones al Congreso celebradas hasta 1923. Es decir, al concurrir en solitario, salió diputado por el distrito segoviano de Cuéllar sin que llegaran a tener lugar los comicios. El pacto previo entre los notables políticos provinciales para repartirse las actas hacía innecesaria la consulta a un cuerpo electoral, por definición y como en otras muchas provincias españolas, sumamente dócil y cómodamente inserto en el engranaje clientelar, como correspondía a un tipo de sociedad rural globalmente deferente con el poderoso⁶.

CON SANTIAGO ALBA, CONTRA CAMBÓ... Y EL ARANCEL Y EL FISCO AL FONDO

No obstante lo dicho, sería un error ver en Matesanz al prototipo de notable rural de la Restauración forjado en el estilo de las viejas y poderosas familias caciquiles que dieron nombre a la época, en realidad más propias de la primera mitad temporal del régimen que de la segunda. Matesanz se nos presenta como un político de tránsito, a caballo entre el mundo liberal y la política democratizadora —de movilización de grandes multitudes— que trajo consigo el período de entreguerras tanto en España como en el conjunto de Europa. A su paso por las Cortes, como senador o como diputado, no dejó de implicarse en los trabajos parlamentarios participando activamente en las Cámaras, bien en los debates, bien a través de las comisiones en las que puso su granito de arena, siempre relacionadas con asuntos económicos de altura (aranceles, fiscalidad, transporte ferroviario, obras públicas...). Nuestro biografiado nunca ejerció de representante ausente o *mudo*, como esos que tanto proliferaron en el régimen canovista⁷.

La *Gran Guerra* que estalló en 1914 todo lo trastocó. Obviamente, también trastocó la política. Por más que mantuviera celosamente su neutralidad, España se vio salpicada por los cambios que acontecieron. Por lo pronto, aquel conflicto coincidió con la liquidación de los dos grandes partidos dinásticos —el Liberal y el Conservador— que habían presidido la vida del régimen canovista desde casi sus orígenes. El resultado fue la conformación de un escenario político más fragmentado y de hecho más plu-

⁶ Los datos electorales, en *ACOCIM*, Expediente personal.

⁷ En la Cámara alta, Matesanz perteneció a la comisión permanente de obras públicas en calidad de secretario entre 1910 y 1913, y a la comisión de criaderos de sales potásicas en la legislatura de 1914. También intervino en las discusiones sobre el convenio de comercio con Italia, sobre la concesión y explotación de las minas de sales potásicas en Cataluña, y sobre las reducciones de las franquicias arancelarias a determinados productos y materias primas. Luego, como diputado perteneció igualmente a numerosas comisiones de carácter económico. Véase Sánchez de los Santos (1911) y (1914), y Gómez Bardají y otros (1918).

ralista. Una vez constituida la corriente de la Izquierda Liberal a principios de 1918, bajo el liderazgo de Santiago Alba y a partir del núcleo duro castellano-leonés, Matesanz supo ganarse la confianza de su jefe. Fue, de hecho, el primer tesorero de lo que en realidad comenzó a funcionar como un nuevo partido. A esas alturas ya no era un político insignificante o poco conocido, y las nuevas siglas le confirieron todavía más relevancia. A partir de sus sedes madrileña y vallisoletana, el *albismo*, como vulgarmente se conocía a la Izquierda Liberal, se abrió paso con soltura en Burgos, Ávila, Segovia, Palencia, Salamanca y Zamora, si bien tuvo más dificultades para expandirse en León, donde los republicanos y los liberal-demócratas de García Prieto absorbían la mayoría de los sufragios. Entre 1918 y 1923, contó con una representación parlamentaria que osciló entre los veinticinco y casi el medio centenar de diputados, a los que habría que añadir otros veinticinco senadores, cuya representación superó el bastión castellano-vecino originario, ramificándose en Madrid, La Mancha, Extremadura, buena parte de Andalucía, Valencia e incluso Cataluña, el País Vasco y los dos archipiélagos. El grueso del programa del nuevo partido se centró en el desarrollo del plan económico que Alba había diseñado a su paso por el Ministerio de Hacienda durante la guerra mundial, basado en una ambiciosa reforma fiscal, el saneamiento del presupuesto, la mejora de la instrucción pública y, en general, una serie de reformas que miraban a construir un país más moderno. Como es bien sabido, tal programa no pudo llevarse a la práctica por la insuperable resistencia que se levantó a su paso de la mano, especialmente, de los grupos industriales catalanes y vascos, que encontraron su principal aliado político en la Lliga Regionalista de Cambó⁸.

La guerra también trajo consigo una intensa movilización social protagonizada por las clases trabajadoras, las clases medias, los militares, los católicos... y los grupos de presión económicos y patronales. Nunca como hasta entonces se organizaron los empresarios españoles para defender sus intereses y estrategias en el escenario político impulsados por las duras y complejas circunstancias que hubieron de encarar (las dificultades económicas de la guerra y la posguerra, el crecimiento del movimiento obrero, la violencia y la inestabilidad política, etc.). Ligado desde años atrás a diversas entidades empresariales, Matesanz se vio inmerso de lleno en esa sacudida implicándose con todo entusiasmo, plenamente consciente de lo mucho que se jugaban él y sus ya muchos seguidores tanto del campo como de la ciudad, o lo que es lo mismo, de la agricultura y del comercio. Pero ese protagonismo corporativo-empresarial le puso en más de una ocasión ante un choque de lealtades del que no siempre salió bien parado. Matesanz encarnó a la perfección el conflicto de intereses en que se vieron todos aquellos diputados de su época que intentaron compatibilizar su condición de políticos con la de empresarios portavoces de grupos de presión. Un conflicto que se manifestó en la lucha entablada entre los gobiernos, de un lado, y esos grupos, de otro, por conquistar la fidelidad de diputados y senadores cuando se discutían cuestiones

⁸ Cf. García Venero (1963), págs. 138-141; Cabrera, Comín y García Delgado (1989), págs. 448-468 y Marín Arce (1991), págs. 68-74.

económicas de gran calibre. Así, Matesanz, hombre de partido, tuvo que convivir con el Matesanz que era directivo de la Asociación de Agricultores de España, de la Cámara de Comercio y del Círculo Mercantil de Madrid. La suya no fue una situación excepcional. Esta circunstancia se planteó muchas veces durante los últimos años de la Restauración, pero también después, en la dictadura y la República. En algunas ocasiones, esas fidelidades resultaban compatibles —e incluso complementarias— y en otras, como solía ocurrir cuando estaban en juego las decisiones económicas más espinosas, eran irreconciliables y había que optar. Aunque lo habitual, para los empresarios-políticos como Matesanz, fue que antepusieran sus intereses económicos a sus intereses políticos. Después de la Primera Guerra Mundial, en plena crisis del régimen liberal, en un momento de creciente desprestigio de la política y de arraigado antiparlamentarismo, muchos políticos como él se jactaron de colocar los intereses de *los productores* por encima de sus compromisos de partido. No en vano, Matesanz, antes que político, fue sobre todo un activista agrario y mercantil que empeñó su vida en impulsar la unión de los comerciantes y de los labradores, así como en hacer llegar su voz a los gobiernos⁹.

Durante la *crisis de la Restauración*, entre 1914 y 1923, su actividad se centró especialmente en las batallas ferroviarias, arancelarias y fiscales. De las primeras algo se ha apuntado ya. En cuanto a la política proteccionista, las tesis que defendió partían de que el régimen arancelario vigente (en virtud de las remodelaciones aduaneras de 1891, 1906, 1912 y 1922) no se había constituido teniendo en cuenta los intereses mayoritarios en España. Era un régimen injusto porque imposibilitaba el desarrollo de las exportaciones de la economía española al dificultar la firma de tratados comerciales, en la medida en que los demás países aplicaban criterios de reciprocidad a las importaciones de nuestro país; en segundo lugar, encarecía sobremanera los precios de los productos de primera necesidad en

⁹ Nuestro personaje presidió la Cámara de Comercio de Madrid desde diciembre de 1914 hasta diciembre de 1916. Anteriormente ya había sido vicepresidente y vocal de esta entidad, distinguiéndose como especialista en temas aduaneros y agrícolas, como puso de manifiesto su brillante participación en la discusión de los aranceles de 1906 y 1912. De hecho, fue vocal durante más de dos décadas de la Junta de Aranceles y Valoraciones, llegando a ocupar también el cargo de director general de Aduanas en 1916. Asimismo, desde antiguo perteneció a la Asociación de Agricultores de España, entidad en la que después ocupó la presidencia, entre 1925 y 1936, y luego, después de la Guerra Civil, hasta su muerte. Otros cargos corporativos que asumió en algún momento, antes o después de la Primera Guerra Mundial, fueron, entre otros, los siguientes: presidente de la Cámara Oficial Agrícola de Madrid, vocal de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Segovia, vocal de la Junta Nacional del Comercio Español en Ultramar, y ya durante la dictadura de Primo de Rivera, miembro del Consejo Superior de Ferrocarriles y del Consejo de Economía Nacional. Por sus inquietudes agronómicas, en 1912 había sido condecorado con la Cruz del Mérito Agrícola. Sus responsabilidades de líder empresarial le empujaron igualmente a mantener una intensa actividad como publicista. Matesanz fue el inspirador o autor directo de multitud de escritos e informes elevados a los gobiernos o a la opinión pública por las entidades empresariales a las que perteneció. Estos escritos revelaban una buena formación en las cuestiones económicas. Ver Rey Reguillo (1992) para la movilización patronal, e *Id.*, (2004) y *Guía oficial...* (1926) para la relación de cargos corporativos de Matesanz. Su paso por la Cámara de Comercio de Madrid, en Bahamonde, Martínez y Rey (1988). El conflicto de lealtades, en Martorell (2000), págs. 247 y 270.

perjuicio de todos los consumidores; y, por último y sobre todo, suponía un lastre insuperable para la agricultura, columna vertebral de la economía nacional, en un triple sentido: porque encarecía las exportaciones de los frutos del campo capaces de conquistar mercados extranjeros (cítricos, vinos, aceite...); porque no protegía debidamente la producción cerealista, menos competitiva pero de la que dependían más puestos de trabajo que de ningún otro sector; y porque obstaculizaba la importación de maquinaria, abonos, gasolina y demás productos necesarios para mantener en pie una economía rural moderna y eficaz. Para Matesanz, por tanto, el arancel español, abiertamente industrialista, funcionaba como una auténtica «muralla de la China» que sólo beneficiaba a los siderúrgicos y navieros vascos, a los algodóneros y harineros catalanes, y a las compañías hulleras asturianas. Esos grupos sólo representaban intereses minoritarios desarrollados artificialmente a la sombra de la protección, una suerte de «plutocracia» privilegiada que había puesto a sus pies al resto del país: «un centenar de familias españolas para las que trabajan casi exclusivamente 20 millones de sufridos españoles». La postración era pagada especialmente por «la familia agricultora», que sostenía el grueso de la producción y el consumo nacionales. Por todo ello, España «más parece una nación de esclavos que de ciudadanos». Con tales precedentes, no es de extrañar que Matesanz calificase al llamado *arancel Cambó* de 1922, culminación de la política proteccionista abierta a finales del XIX, como el «arancel del hambre», «absurdo», «mostruoso» e «ilegal». Sin duda, la del político segoviano fue una de las voces que más duras críticas vertió contra el líder catalanista. No en vano procedía de las filas del *albismo*, grupo que recrudeció su agresividad cuando el jefe de la Lliga accedió al Ministerio de Hacienda. Con independencia de que esa retórica de agravios respondiera o no a la verdad —pues en realidad el arancel de 1922 buscó contentar a todos los intereses en pugna—, el discurso de Matesanz caló hondo en sectores importantes de la opinión, insuflando nuevos bríos a los sentimientos ruralistas contrarios a un modelo de crecimiento industrial protegido, y de paso también al anticatalanismo, como también lo haría, en medio de otras circunstancias, durante la Segunda República¹⁰.

Pero la agresividad verbal de Matesanz no respondía exclusivamente a su padrinazgo político. Tenía vida propia, de modo que también se materializó conforme a una estrategia que poco tenía que ver con la filiación partidista del personaje. En una concurrida asamblea de labradores y campesinos celebrada en Toledo en enero de 1920, Matesanz apeló, en medio de grandes aplausos y con un tono altamente demagógico, a la constitución del «Sindicato Único de los agricultores» para que de una vez los po-

¹⁰ Cf. la conferencia de Matesanz en la «Semana Agrícola de Valladolid» en 1915, en Id. (1915), y Rey Reguillo (1992), págs. 205-312 para el análisis global de esas batallas. La plutocracia y demás, en Matesanz (1920), donde subrayaba que en España, al haber desaparecido el Estado, había que buscarlo en aquellas empresas donde el trípode vasco-catalán-astur había extendido sus tentáculos: las compañías ferroviarias, la Tabacalera, la Azucarera, la Constructora Naval, la Alcoholera, el Banco de España o el Hipotecario.

deres públicos les prestasen atención. Cabe recordar que por esas fechas el anarcosindicalismo —conocido entonces como *Sindicato Único*—, con su espiral de huelgas y por medio de los grupos terroristas que crecían a su sombra, mantenía en jaque a los gobiernos y había provocado una atmósfera de auténtico pánico en los sectores conservadores de algunas zonas de España (Andalucía, Zaragoza y, sobre todo y entre otras, la Cataluña más urbana). Ahora bien, prueba de que el segoviano volaba solo es que su populismo agrarista se manifestó incluso cuando se formó el gobierno de la Concentración Liberal a finales de 1922. Poco le importó que su jefe político, Santiago Alba, suscribiese el pacto que permitió a las distintas familias liberales acceder al poder. Sumamente radicalizado, Matesanz actuó entonces como defensor corporativo de los intereses territoriales —cerealistas y harineros en particular— de la Castilla norte, la de los labradores y labriegos, algunos de ellos acomodados y la mayor parte *propietarios muy pobres*. La excusa, además de las quejas por la baja cotización de los cereales y los gravámenes altísimos que se imponían en la frontera a los productos industriales traídos de fuera, la ofreció el avance de los trabajos catastrales. En julio de 1923 pronunció dos discursos en el Congreso de los diputados cuando se llevaba a efecto la discusión del Catastro, aprovechando para hablar en nombre de los labradores *pobres* de provincias como Ávila, Soria o Segovia, «donde los propietarios son tanto obreros como amos, donde tienen una, dos o diez hectáreas en 10 o 20 o 40 fincas.» Se definió como liberal, pero arremetió contra el gobierno de la Concentración denunciando que arbitrariamente se hubieran comenzado los estados planimétricos por las provincias de renta más baja, lo que había dado pie a muchos casos de propietarios atropellados por el fisco. A su juicio, no se podía medir a todos los propietarios por igual porque para muchos campesinos las contribuciones eran desorbitadas, lo que les hacía preferir que el Estado se quedase con sus fincas antes que apechar con unas cargas claramente injustas. La justicia contributiva, apostilló, no se conseguiría mientras no se catastrase toda la superficie nacional¹¹.

FRENTE A LA POLÍTICA ECONÓMICA DE LA DICTADURA

El advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera en 1923 trajo esperanzas de redención para los intereses que Matesanz venía defendiendo desde hacía lustros. Como tantos otros regeneracionistas, el militar golpista decía soñar con una España autosuficiente que tuviera en la agricultura su principal fuente de abastecimiento. Pero su manida retórica sobre el «despertar rural» sólo sirvió para levantar aplausos allí por donde el general andaluz gustó de discursar. A efectos prácticos, por más que se sentaran las bases para la ampliación de los regadíos gracias a la creación de las Confederaciones Hidrográficas, su política no se tradujo en una reno-

¹¹ Matesanz (1923).

vacación estructural de la agricultura española, ni tampoco en más ayudas ni en más protección de las que ya disfrutaba la producción del campo. Al igual que otras dictaduras desarrollistas de este siglo, Primo de Rivera se consagró mucho más a impulsar la expansión industrial y urbana que a responder a las necesidades del mundo rural. Aunque aseguró precios mínimos a los agricultores a través del arancel (cereales, arroz...), y permitió también un sustancial incremento de las exportaciones (vino, aceite, cítricos...), resulta esclarecedor que no fomentase el sistema de crédito agrario a los niveles que se requerían. Muy pronto los propietarios y cultivadores de la tierra se sintieron relegados con respecto a otros grupos de intereses, sobre todo la gran industria (siderúrgica, cementera, naviera, etc.) y los sectores financieros adscritos a la misma. Las pretensiones del ministro de Hacienda, José Calvo Sotelo, de gravar más la propiedad rústica terminaron de empeorar aquella percepción negativa. Mariano Matesanz, en esos años presidente de la Asociación de Agricultores de España (AAE), fue uno de los líderes agraristas que más recriminó a la dictadura que antepusiera constantemente los intereses de la industria a los de la agricultura. Pero el dictador no se plegó a estas presiones y tampoco se privó de explicitar que su política económica consideraba innegociable la protección de la industria nacional, a la que procuró grandes beneficios a través del impulso a la construcción de infraestructuras y a las obras públicas. Sintomáticamente, en sentido inverso, nunca consideró los cereales como objeto de exportación, sino como esenciales para garantizar el suministro de pan. Además, por medio de altos derechos de importación y a costa naturalmente del bolsillo de los propietarios rurales, favoreció sin rubor la industria nacional de maquinaria agrícola. Para los propagandistas como Matesanz, estas y otras políticas supusieron un agravio comparativo en toda regla que terminaron por alejarlos del régimen¹².

Aunque procedía de la Izquierda Liberal —y a pesar de que el dictador tomase como chivo expiatorio a Santiago Alba, que se tuvo que exiliar—, en estos años Matesanz no sólo no abandonó su activismo político y corporativo sino que lo mantuvo en pie. La animosidad del dictador hacia *la vieja política* no implicó que el segoviano se plegara dócilmente a los dictados del nuevo régimen. Como siempre, puso en cuestión todas aquellas decisiones gubernamentales que estimó lesivas para sus defendidos. Pero aunque a veces fue censurado en la prensa, la dictadura le dejó hablar. De hecho, fue representante de la AAE en el Consejo de Economía Nacional y en el Consejo Superior Ferroviario, y también continuó ocupando su puesto en la Junta de Aranceles y Valoraciones. En esos foros expuso sus tesis con su contundencia habitual, sacando de nuevo a relucir y arremetiendo otra vez contra sus viejos fantasmas: los industriales catalanes y el Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona; los magnates siderúrgicos, navieros y hulleros del norte en general, y de Bilbao en particular; y, por supuesto, las compañías ferroviarias. Para Matesanz, la nueva situación política bajo ningún concepto debía servir de

¹² Ben-Ami (1983), págs. 160-186.

excusa para que en España, como desde hacía siglos, hubiera «clases arancelariamente dominantes y clases arancelariamente dominadas». No se podía aceptar que continuara la sucesión de éxitos de los industriales, de esa «plutocracia» —otra vez volvió a salir la palabreja— crecida con la complicidad de la administración y que había impuesto a la nación entera «verdaderas monstruosidades económicas». Privilegios como los que venían disfrutando los algodoneros, las navieras o empresas como Altos Hornos de Vizcaya, según él no contaban con precedentes ni en Europa ni en el resto del mundo¹³.

Frente a las compañías ferroviarias Matesanz desempolvó los planteamientos aireados en los años de la guerra. En nombre no ya de los agricultores sino de todos los usuarios, exigió la nacionalización de la red, tanto porque el ferrocarril debía ser considerado un servicio público, como porque sólo con la nacionalización se garantizarían tarifas bajas, sin olvidar que las empresas privadas no estaban en condiciones de realizar las mejoras y la ampliación de la red que el tráfico del país reclamaba. Las compañías no habían invertido los ingentes beneficios obtenidos durante la guerra mundial ni en la mejora de la red, ni en la modernización del parque móvil, ni en el mantenimiento de las líneas. Tales beneficios eran, parcialmente al menos, artificiales, fruto del aumento forzado de las tarifas en aquella coyuntura, así como de las subvenciones concedidas por el Estado en forma de anticipos para personal, material móvil y obras, luego desviados por las compañías a sus arcas: «Cómo pueden llamar suyo las Compañías lo que no es producto de su capital, ni de su trabajo, ni de su ingenio, sino del sacrificio que el país y el Estado se han impuesto para sacarlas de la ruina». Una vez nacionalizada la red, Matesanz proponía ahorrar gastos protegiendo menos la producción hullera —causante del encarecimiento del combustible—, reduciendo el personal —que se hallaba hipertrofiado— y adquiriendo el material —locomotoras, vagones, raíles, etc.— en el extranjero, a precios infinitamente más baratos que los exigidos por la industria nacional a cubierto del arancel. Ni que decir tiene que la nacionalización que reclamaba nuestro liberal nada tenía en común con un estatismo desaforado. El más importante servicio público del país debería estar fiscalizado y regulado por un organismo dotado de facultades inspectoras y ejecutivas en el que se hallasen representadas todas las fuerzas económicas y los mismos consumidores. Como es obvio, lo que escondía toda esta argumentación no era otra cosa que la resistencia por parte de los sectores agrarios y mercantiles a la opción industrialista por la que parecía decantarse la dictadura. Una opción que venía de lejos, que hicieron suya también los gobiernos de Maura a principios del siglo y que se benefició extraordinariamente de la neutralidad declarada por España durante la *Gran Guerra*¹⁴.

¹³ En este sentido, es significativo el voto particular que emitió Matesanz en el Consejo de Economía Nacional, en marzo de 1925, contrario al dictamen solicitado por la Sociedad Altos Hornos de Vizcaya proponiendo la exención de derechos arancelarios para la importación de la maquinaria que precisaba para la ampliación de su industria. Ver Matesanz (1925). Clases dominadas y demás, en Matesanz (1928a).

¹⁴ Matesanz y Garrido (1924), estudio concienzudo y bien argumentado sobre la postura ante la cuestión ferroviaria de la AAE. Reiteran argumentos en Matesanz y Garrido (1925), de donde procede la cita entrecomillada. También, Matesanz (1927).

LA REPÚBLICA QUE TRAJÓ LOS GRANDES DESAFÍOS

Al proclamarse la República, para muchos que no tenían esa significación la consigna fue aceptar aséptica y pasivamente el poder recién constituido. En el caso de Matesanz, la decisión no debió ser muy traumática porque él no se había significado políticamente durante la dictadura, al margen de que hubiera asumido algunas responsabilidades institucionales. Aquella consigna la siguieron la mayoría de las organizaciones empresariales, en principio proclives al diálogo con las nuevas autoridades. Es muy significativo al respecto que, en aras de esa posición, en el *Boletín* de la AAE, entidad que seguía presidiendo Matesanz, no se plantease ni la más mínima alusión al cambio de régimen cuando el mismo se produjo. Idéntica actitud mantuvo el órgano de la Cámara de Comercio de Madrid¹⁵. Pero el vuelco político había sido volcánico; aunque pacífico y sin grandes estridencias, revolucionario, por más que para buena parte de la sociedad se hubiera revestido la marcha del Rey y de su familia con aires de fiesta y feliz jolgorio. Muy pronto, prácticamente en cuestión de días, las consecuencias comenzaron a dejarse ver más allá de la acelerada mutación que estaba aconteciendo en el escenario político. Naturalmente, los sectores empresariales formaban un segmento de la opinión especialmente sensible a los cambios que tenían lugar en la vida pública. Tal sensibilidad se acentuó a lomos de los incontables decretos que el gobierno provisional de la República fue imprimiendo —compulsivamente y *a priori* sin consultar— en la *Gaceta* de Madrid; incontables decretos que a velocidad de vértigo traslucieron la voluntad de realizar reformas en profundidad que apuntaban directamente a los intereses de los propietarios y de los hombres de empresa, ya afectaran a la tierra, a las fábricas o al mercado de trabajo. A Matesanz el cambio de régimen le había pillado con bastantes años a sus espaldas, 63 años largos para ser exactos. Una edad en la que otros políticos de su estirpe o bien se retiraban al Senado para dormitar plácidamente mientras escuchaban aburridos proyectos de ley, o bien se volvían a sus casas para cuidar de sus haciendas y ver satisfechos cómo crecían los nietos, para sólo de tarde en tarde, en tal o cual círculo o casino, dar alguna conferencia o recibir algún homenaje por los servicios prestados a la comunidad. Pero no era el caso. En primer lugar, porque pronto quedó claro, a tenor de los vientos jacobinos que soplaban, que en el nuevo orden constitucional no iba a funcionar la Cámara alta. Y en segundo lugar, porque de inmediato también se advirtió que las haciendas —y por ende, la herencia de los nietos— habría que defenderlas en el campo de batalla, es decir, en el combate político. Matesanz dijo en alguna ocasión que él no se consi-

¹⁵ El primer documento que elevó la AAE al presidente del gobierno provisional tenía que ver con la importación de «trigos exóticos», continuando con las preocupaciones habituales de la entidad, como si la normalidad política fuese absoluta. Véase *Boletín de la Asociación de Agricultores de España*, IV-1931 (en adelante, *BAAE*). La Cámara de Madrid, en Bahamonde, Martínez y Rey (1988), págs. 238-242. Para todo esto y parte de lo que sigue, es fundamental Cabrera (1983).

deraba un conferenciante, pero sí, en cambio, «un combatiente». Tal papel es el que por enésima vez se mostró dispuesto a escenificar, con la particularidad de que ahora los tiempos verdaderamente lo reclamaban¹⁶.

Así pues, el 28 de junio de 1931, aquel castellano que ya peinaba canas presentó su candidatura en las elecciones a las Cortes constituyentes de la República. Lo hizo de nuevo por Segovia y con la filiación de «republicano independiente», lo cual no debe sorprender porque en esos meses se declaraba republicano hasta más de un convencido monárquico. Pero don Mariano volvió a enarbolar una vez más la bandera del agrarismo. Se trataba, como en otras ocasiones, de conectar con el electorado de aquella provincia, de siempre, ya lo sabemos, muy sensible a todo lo que guardara relación con la producción agraria. De los antiguos representantes en el Congreso y en el Senado por Castilla y León, apenas un 14,5 por ciento se presentaron a las elecciones, un total de 26 frente a 179 aspirantes al escaño. Pero casos como el de Matesanz hubo muchos en aquellos comicios. Por toda la geografía peninsular aparecieron antiguos candidatos monárquicos cobijados bajo la denominación de independientes o agrarios, o ambas cosas a la vez, que trataban ahora de renovar su presencia en el Parlamento al amparo de alguna candidatura republicana moderada o abiertamente conservadora. Este tipo de candidatos, aunque se sintieran emocionalmente monárquicos, ahora se veían impelidos a no definirse como radicalmente antirrepublicanos, difuminando su ubicación ideológica en la ambigüedad o en la manifiesta imprecisión. Dadas sus raíces en el liberalismo albista, es posible que Matesanz no comulgara por esas fechas con la Monarquía. Además, los intereses agrarios y mercantiles que representaba no habían encontrado un campo abonado a sus expectativas durante la dictadura. Quizás por todo ello, en la nueva coyuntura política Matesanz no tuvo reparos en ponerse de largo como «republicano». Otras figuras que habían estado en la órbita de la Izquierda Liberal durante la Restauración y que presentaron su candidatura en diversas provincias de la Castilla norte se amoldaron a la misma estrategia: Nicasio Velayos, en Ávila; Santiago Alba y José María Cid Ruiz Zorrilla, en Zamora; y Antonio Royo Villanova, en Valladolid. Todos ellos salieron elegidos diputados. Como apunta García Venero: «Disuelto el partido albista, el vínculo personal, amistoso, permanecía incólume.» Por el contrario, y rompiendo todos los pronósticos, Matesanz tuvo peor suerte. Sólo obtuvo 9.433 votos sobre un total de 38.629 votantes y 44.598 electores, lo que suponía el 24,42 por ciento del voto provincial, un porcentaje insuficiente para obtener el acta de diputado. Los candidatos que alcanzaron esa condición sobrepasaron la barrera del 28 por ciento del escrutinio. Matesanz ocupó el séptimo lugar entre los aspirantes de la provincia. El más votado sumó 14.573 votos, por 11.138 del cuarto y último de los elegidos¹⁷.

¹⁶ Su autodefinición como «combatiente», en la conferencia que sobre la reforma agraria pronunció en la Academia de Jurisprudencia de Madrid el 6 de mayo de 1932 (*BAAE*, V-1932, págs. 285 y sigs.).

¹⁷ Cf. Tusell (1982), 31-32 y 188-189, y Marcos del Olmo (1995), pág. 154. Lo del vínculo personal, en García Venero (1963), pág. 333.

Su fracaso electoral debió ser doloroso para Matesanz porque su vocación política todavía se mantenía intacta. El reverso del fiasco fue que le quedaran las manos libres para dedicarse por entero a su otra vocación, la de líder corporativo. Ahora los desafíos eran más grandes y más complejos que nunca. Los problemas y desencuentros de la Restauración o la dictadura parecían en las presentes circunstancias un juego de niños. Porque ya no se trataba de discutir sobre tal o cual partida del arancel, o tal o cual tarifa ferroviaria, o de arremeter contra una subida de impuestos. Ahora se jugaba al todo o nada, o al menos así lo percibían los afectados, para los que se hallaban en litigio principios que desde hacía aproximadamente un siglo habían resultado intocables: la propiedad privada, la libertad de contratación, la libertad de arrendamientos o la libertad de acción en la propia empresa. Incluso, a poco que uno mirara a su alrededor, se palpaba que sectores amplios de la opinión no dudaban en cuestionar la propia figura del empresario, y no ya desde la izquierda obrera revolucionaria, que eso venía de antiguo, sino desde grupos que *a priori* cabía conceptuar como más moderados. La retórica empresarial victimista que se asentó con la llegada de la República no fue mera propaganda, como muchas veces se ha escrito con cierta alegría. Era auténtica prevención despertada por la radical vocación intervencionista, cuando no socializante, de la que hacían gala bastantes de las autoridades revolucionariamente constituidas. La aparente asepsia inicial de Matesanz y de la AAE se trocó muy pronto en alarma declarada ante el alud de disposiciones legales relacionadas con la producción agraria y el mercado de trabajo que fue aprobando el gobierno provisional. Si bien habían cumplimentado su adhesión al gobierno y acatado los poderes constituidos dispuestos a colaborar, a las pocas semanas Matesanz y los intereses que tenía detrás se sintieron profundamente amenazados y desconcertados. Buen indicador de ello fue que la AAE y otras importantes asociaciones agrarias como la Asociación de Ganaderos del Reino decidieran suspender ese año la fiesta de la agricultura, que desde 1917 venía celebrándose el 15 de mayo, festividad de San Isidro, como acto reivindicativo de los *labradores*. En 1931 no se celebró la fiesta agrícola en señal de protesta. Sus impulsores se limitaron a llevar sus reivindicaciones al gobierno, pero no hubo conmemoración alguna¹⁸.

El horizonte se presentaba más negro que nunca para los intereses empresariales, particularmente en el mundo rural. La reforma agraria, la aplicación de la nueva legislación social, laboral y asociativa, la conflictividad en las negociaciones de las bases de trabajo y la adopción de medidas encaminadas a paliar el paro, la depresión económica y la desvalorización de ciertos productos, crearon durante el primer bienio republicano una situación en el campo que sólo cabe calificar como tensa y, por supuesto, complicada, muy complicada. A esa situación no podían responder las en-

¹⁸ BAAE, V-1931. La historia y el significado de la fiesta de la agricultura, en Rey Reguillo (1992), págs. 55-57. Que a los patronos les sobraron razones para sentirse alarmados lo demuestra con inteligencia Macarro Vera (2000), un relato descarnado y desmitificador de lo que supuso la República en el campo andaluz.

tidades agrarias tradicionales. Por ello, los empresarios realizaron un esfuerzo organizativo sin precedentes y modernizaron el tejido asociativo previamente existente, en respuesta al desarrollo de las organizaciones obreras y a su mayor capacidad de presión sobre los gobiernos. Bajo las circunstancias referidas —con Matesanz en funciones de inspirador de sus múltiples iniciativas—, fue como la AAE y otras entidades agrarias fomentaron la creación de federaciones patronales agrícolas por toda España, recogiendo impulsos que surgieron espontáneamente desde abajo. Por doquier se celebraron asambleas de carácter local, provincial o regional que respondían a la conciencia generalizada entre los labradores de ser el chivo expiatorio de la política republicana. La aplicación —«en la mayoría de los casos abusiva»— de bases de trabajo y de leyes sociales en el campo, acompañadas de las multas que imponían los inspectores de trabajo a causa de su incumplimiento, así como «la indisciplina social rayana en la anarquía» e hija de «prédicas revolucionarias» que había quebrantado «el principio de autoridad», les hizo percibirse como objeto de «un sinnúmero de vejaciones y atropellos de todo género». La iniciativa más importante de ese movimiento se plasmó en la constitución de la Confederación Española Patronal Agrícola (CEPA) en abril de 1933, que canalizó esfuerzos que partían de Madrid, de la Mancha, Aragón, Levante y Castilla: «acogidos a la hospitalidad de la Asociación de Agricultores de España, que desde el primer instante patrocinó con todo calor y entusiasmo este nuevo e imprescindible movimiento específico corporativo». La presidió Carlos Padrós, socio de la AAE. Pero esta organización y Matesanz no hicieron otra cosa que dar cobijo a la marejada de quejas que se produjo contra el gobierno republicano-socialista a lo largo y ancho del país. No fue un clamor organizado desde arriba por las oligarquías del agro, aunque las mismas hicieran todo lo posible por alentarlos. Fue el propio malestar reinante el que dio alas a esa capacidad de convocatoria, encontrando «espléndido eco entre los campesinos»¹⁹.

No pocos historiadores han interpretado la oposición de las entidades patronales agrarias a las reformas republicanas —supuestamente moderadas— en virtud de la cerrazón y de las convicciones reaccionarias que guiaban a los propietarios. Pero, excepciones al margen, que de todo hubo, los planteamientos dominantes para refutar la mayor parte de esas reformas fueron de

¹⁹ Cabrera, ob. cit., y, para las comillas, J. Cánovas del Castillo, «La situación del campo y el movimiento agrícola», *BAAE*, VII-IX-1933, págs. 143-147. El *Boletín* de la AAE se hizo portavoz de los propietarios agrarios de toda España en sus múltiples reivindicaciones. Cf. *BAAE*, IX-1931 y X-1932 (a propósito de la ley de términos municipales); X-1931 y XI-1931 (escritos de diversas entidades contra los proyectos de reforma agraria); XII-1931 (más escritos, en este caso contra la ley de contrato de trabajo y de aliento al asociacionismo patronal); I-1932 (asamblea vinícola de Alcázar de San Juan y protestas de los olivereros de Jaén); y II-1932 (recurso de la Federación de Labradores de Jaén contra las bases de trabajo y asamblea vitivinícola de Manzanares). Más que nadie, Matesanz reflexionó y opinó, en su boletín y en otros órganos de prensa, en medio de estas interminables protestas. Ver, por ejemplo, M. Matesanz, «La desorganización económica nacional», *BAAE*, IX-XII-1933, págs. 214-217; Id., «Sobre las importaciones de trigo hechas en 1932», *BAAE*, I-III-1934, págs. 10-13 (artículo tomado de *ABC*).

inspiración abiertamente liberal. Sin duda, en términos liberales se pronunciaron Matesanz y otros agrarios como él. Un liberalismo *sui generis* el suyo, evidentemente, acorde con las transformaciones que se estaban dando en esta corriente política en toda Europa desde tiempo atrás. Y del mismo modo peculiar al venir lastrado por su defensa de la protección arancelaria para algunos productos agrarios (cereales sobre todo). Pero cabe precisar que, como en otras escuelas nacionales, tal había sido la tónica en el liberalismo económico español desde sus orígenes. El rechazo del intervencionismo gubernamental (plasmado en decretos y leyes sobre laboreo forzoso, arrendamientos, jurados mixtos, términos municipales...), la defensa a ultranza de la propiedad privada, el cuestionamiento del modelo de reforma agraria por el que se optó, sus propuestas sobre cómo debía regularse el mercado de trabajo o la defensa de la mecanización de algunas labores del campo respondieron a una lógica inequívocamente liberal. En un principio, y en tanto que representantes de los propietarios rurales, Matesanz y la AAE ofrecieron su asesoramiento al gobierno para todo lo que tuviera que ver con la reforma agraria y la nueva legislación social que les afectaba. Nunca se negaron a dialogar y a negociar, como tampoco se opusieron tajantemente a regular el trabajo en el campo ni a aceptar el principio mismo de la reforma. Sin embargo, obviados sus ofrecimientos, de inmediato pasaron a la crítica y a la movilización contra el gobierno republicano-socialista, convencidos, por un lado, de que ni éste ni las Cortes estaban capacitados para solucionar los problemas del campo, y no dispuestos a aceptar, por otro, imposiciones que redujeran al propietario agrario a «conejo de indias» y a objeto de experimentación. La aplicación de medidas legislativas trascendentales por la vía del decreto, antes de que se abriera el Parlamento o incluso después, hacía que la postura de confrontación de los propietarios viniera, al menos algunas veces, cargada de argumentos²⁰.

Con la pluma y con la palabra, Matesanz se implicó a fondo en aquella lucha. Escribió mucho o suscribió los escritos de otros. Su firma aparecía siempre dando la cara en los documentos públicos que dirigía la Asociación de Agricultores al gobierno o a la opinión en general. Pero sobre todo habló. Entre 1931 y 1933 se prodigó en mítines y conferencias. Allí donde hizo falta esgrimió sus razones, y, por supuesto, volvió a recurrir a sus fórmulas populistas de toda la vida, que tantos réditos y apoyos le habían proporcionado en el pasado. Como muestra, el discurso que pronunció en la multitudinaria asamblea «económico-agraria» convocada por la Unión Nacional Económica a finales de abril de 1932. Con vistas al proyecto de reforma agraria que se discutía en las Cortes, esta asamblea se organizó para fijar y aunar criterios entre las fuerzas empresariales más importantes del país. Matesanz alzó su voz sin morderse la lengua, reconocido por todos como una autoridad en la materia. Por ello no tuvo empacho en pronunciarse en nombre del conjunto de los agricultores —el capitalista, el labrador, el colono, el arrendatario o el jornalero—, con independencia de cua-

²⁰ El ofrecimiento inicial al gobierno, en BAAE, VII-1931. Para el resto, M. Matesanz, «La reforma agraria», BAAE, VIII-1931, y BAAE, IV-1932.

les fueran sus riquezas o su condición social. Ahora se trataba de defender la producción general de España; de ahí que, aparcando momentáneamente viejos litigios, tendiera incluso la mano a los industriales, que también se hallaban presentes en aquella asamblea. Asimismo, reivindicó la figura del pequeño propietario agrícola criticando unas manifestaciones realizadas a la prensa francesa por el ministro de Trabajo, el socialista Francisco Largo Caballero, en las que había afirmado que los pequeños labradores, como en Francia se había demostrado, eran un obstáculo para orientar una reforma agraria avanzada. Matesanz se hizo hábilmente con el público:

¡Señores: los pequeños propietarios de Francia, la envidia de todas las demás naciones de Europa! (*¡Muy bien!*) ¡Los pequeños propietarios de Francia son los que han contenido la ola de comunismo en el Occidente de Europa! (*¡Muy bien!*) (...) (*Grandes aplausos.*) ¡Qué más quisiéramos nosotros en España! Yo bendeciría a la Providencia que nos reportara eso que dicen se opone a los avances sociales (*Aplausos*).

Y es que se vivía en un mar de prejuicios contra los agricultores. El gobierno actual no había sabido o no había querido sustraerse a ese influjo cuando abordaba materias agrarias, pues la agricultura española se hallaba tan adelantada como la de cualquier otra parte del mundo; no todos los latifundios se explotaban necesariamente mal y la solución no siempre era el reparto, porque si se trataba de suelos malos éstos únicamente podían ser rentables utilizando máquinas para su explotación extensiva, opción que las nuevas autoridades locales y provinciales estaban impidiendo a golpe de demagogia y engañando a los obreros agrícolas. La única solución para obtener altos rendimientos en el campo y de paso crear trabajo era dejar a los agricultores disponer libremente de sus frutos y de la organización de la producción. Matesanz concluyó su intervención lanzando, arrogante, un desafío al ministro de Agricultura y, en su nombre, al gobierno republicano-socialista:

Aquí estamos, ciudadanos conscientes, atacados en lo nuestro, en lo que es fundamento de todas las naciones civilizadas del mundo, y especialmente en estos momentos, que es la economía nacional, porque si no hay economía fuerte, no hay independencia, y si no hay independencia, no se puede tener nada. Pero añadimos: Nosotros, ahora, hacemos unas preguntas al Sr. Ministro, y yo desde aquí —creo que en nombre de toda la Asamblea— se la hago (*Muestras de asentimiento unánime*) para que nos conteste. Nosotros decimos: Estamos en pie, presentes; pero diga su señoría: ¿Qué es lo que va a hacerse en España en orden a la producción? ¿Qué criterio y qué rumbo tiene el Gobierno? ¿Es el socialismo? Pues venga y dígame. ¿Vivimos dentro de un régimen capitalista? Aquí estamos, que es el nuestro (*¡Muy bien!*); pero simultanear las dos cosas, venir a querer implantar el socialismo con los recursos del capitalismo, no. (Una gran ovación acoge las últimas palabras del orador.—*Varias voces*: ¡Así se habla! ¡Vivan los hombres valientes!—Se reproduce la ovación, que dura largo rato)²¹.

²¹ «La reforma agraria», *BAAE*, V-1932, págs. 281-285. Una denuncia sobre las trabas que se imponían al empleo de la maquinaria agrícola en el campo, en *BAAE*, VI-1932, págs. 331-334. También, su conferencia en la Academia de Jurisprudencia y Legislación, pronunciada el 6 de mayo de ese mismo año, cit. supra, y M. Matesanz, «Sobre la preferencia de los obreros loca-

En la primavera y el verano de 1932, junto con la reforma agraria y las leyes laborales, la cuestión catalana fue el otro filón que encontraron Matesanz y los agrarios para poner en pie de guerra a sus huestes. Una vez más, el segoviano volvió a ejercer de ideólogo y agente movilizador, pero ahora trascendiendo las fronteras del mundo agrario. Ahora, su retórica se dirigió también a las clases medias urbanas de aquellas ciudades españolas donde el discurso anticatalanista podía prender con facilidad. A tenor de lo que ocurrió un año y pico después, cuando nuestro liberal consiguió un escaño de diputado, cabe afirmar que acertó de lleno en su estrategia. La oportunidad la ofreció la discusión en Cortes del proyecto de Estatuto de autonomía para Cataluña. Matesanz no se perdió en reflexiones sobre la lengua o la virtualidad de la cultura catalana en cuanto hecho diferencial, como hicieron otros participantes en la polémica. Se limitó a resucitar sus viejos postulados sobre el régimen arancelario privilegiado que ese territorio habría disfrutado desde al menos tres siglos atrás, creando agravios comparativos a las demás regiones españolas. Sobre estos postulados, ciertamente, llevaba mucho camino recorrido: «Yo puedo afirmar que Cataluña ha vivido y vive en un régimen de privilegio económico en relación con el resto de España, exceptuando las Vascongadas, que todavía tuvieron privilegios más acentuados». Al conjunto de España se le habían impuesto «toda clase de sacrificios», supeditando «sus más valiosas riquezas al engrandecimiento de las que florecían en Cataluña»²².

La campaña en torno al Estatuto catalán alcanzó un nivel de dramatismo impresionante. La ofensiva contra el proyecto que se debatía en el Parlamento fue conducida por los viejos nacionalistas españoles de raigambre liberal, ahora rejuvenecidos por las circunstancias y cuya oposición a la autonomía catalana contaba con sólidos antecedentes en los tiempos de la Monarquía constitucional. Fueron ellos quienes abarrotaron de público los recintos en los que se celebraron actos criticando el proyecto de Estatuto. Uno de los mítines que reunió mayor gentío fue el que tuvo lugar el 27 de julio de 1932 en Madrid. Allí proliferaron los gritos de «¡Viva España única!» y «¡Abajo el Estatuto!». Entre otros, intervinieron Emilio Requejo, por la Defensa Mercantil Patronal madrileña; Julián Martínez Reus, en representación de los comerciantes e industriales; González Guerra, en nombre de la Federación de Clases Medias, o Mateo Azpeitia, portavoz de las Casas regionales «y fuerzas vivas». Muchas de las afirmaciones vertidas conectaron con las tesis economicistas que Matesanz había esgrimido durante toda su vida y también desde varios meses atrás con bastante éxito. Y es que cuando los contribuyentes interiorizaban que sus bolsillos podían verse amenazados importaban muy poco los hechos diferenciales. Quien recogió esta vez las ovaciones más grandes, atronadoras hasta el punto de verse interrumpido constantemente, fue el catedrático de Derecho y diputado por la minoría

les en el trabajo agrícola», *BAAE*, X-1932, págs. 504-508, donde critica las rigideces acarreadas a trabajadores y patronos en el mercado de trabajo por la ley de términos municipales.

²² M. Matesanz, «Problemas nacionales. Los privilegiados de siempre intentan otro ataque contra los derechos arancelarios de los cereales», *BAAE*, III-1932, e Id., «El problema catalán y la agricultura», *BAAE*, VI-1932, págs. 336-349.

agraria Antonio Royo Villanova, antiguo compañero de viaje de Matesanz en las filas de la Izquierda Liberal. El aragonés no defraudó. Realmente estuvo sembrado, con un derroche de agresividad que como carnaza lanzó a los asistentes. Entre otras perlas, sostuvo que si se trataba de volver a los tiempos anteriores a Felipe V debía ser estableciendo las aduanas interiores: «no queréis nuestro idioma, pues nosotros tampoco queremos vuestros trapos. (*Gran ovación*)»; «la nación española es incompatible con la nación catalana». «Sólo por la fuerza perderá España su soberanía y Madrid su capitalidad. Muchos siglos y mucha sangre costó hacer la unidad nacional, pues muchos siglos y mucha sangre costará deshacerla». Así pues, gracias a estas campañas fue como el agrarismo se fue haciendo un hueco en el escenario político. Las siguientes elecciones lo iban a demostrar con creces²³.

UN AGRARIO EN MADRID: LAS ELECCIONES DE 1933

A los dos años y medio de su fracaso electoral, Matesanz consiguió acceder de nuevo al Parlamento. En contraste con las elecciones de junio de 1931, esta vez sí atinó a capitalizar su papel de ideólogo y de líder patronal. Pero curiosamente sus apoyos decisivos no vinieron en esta ocasión de los propietarios agrícolas, sino de los comerciantes y pequeños industriales de Madrid, porque fue por Madrid capital donde se presentó en las elecciones generales de noviembre de 1933. Como miembro de la Cámara de Comercio él tenía detrás una dilatadísima trayectoria de hombre comprometido con el mundo mercantil, a pesar de lo cual fue preparando el terreno desde varios meses antes de las elecciones. En la primavera de aquel año fue elegido presidente de la Federación de Círculos Mercantiles de España —creada en 1929—, una de las asociaciones empresariales que más críticas se habían mostrado con la reforma agraria²⁴. En el otoño de 1933, siendo todavía presidente de la Asociación de Agricultores y días antes de los comicios, resultó elegido a su vez presidente del Círculo de la Unión Mercantil e Industrial, asociación de la que hacía muchos años que era socio. El Círculo, una institución muy influyente en la capital desde el siglo anterior, venía a ser también «el eje centrípedo» de las clases mercantiles e industriales de España. En la coyuntura política de aquel otoño, ésta y las más importantes organizaciones empresariales españolas se marcaron el objetivo de impugnar el conjunto de la política social y económica del primer bienio valiéndose de sus representantes en las Cortes. El primer paso era ganar las elecciones. A ello aplicaron sus esfuerzos negociando puestos para sus hombres en las candidaturas de los partidos del centro y de las derechas.

Aquellos comicios iban a suponer un movimiento pendular en la vida política del país, exagerado sin duda por las características de la ley electoral, que primaba las coaliciones más votadas frente a los partidos que se

²³ «El mitin contra el Estatuto Catalán», *BAAE*, VII-1932, págs. 389-395.

²⁴ *BAAE*, IV-VI-1933, pág. 105.

presentaban solos. En Madrid, el centro y la derecha asistieron por separado, cada uno con su candidatura. Una republicana, que giraba en torno al Partido Radical de Lerroix y a los republicanos conservadores de Miguel Maura. La otra montada en torno a Acción Popular y los monárquicos. La izquierda, con tres candidaturas —una socialista, una comunista y otra republicana—, se presentó muy dividida. El acuerdo sobre quiénes debían integrar la candidatura de la derecha no fue fácil. Gil Robles abogó por crear un gran frente antimarxista que incluyera incluso a los radicales. Por el contrario, los monárquicos defendieron una candidatura de perfil inequívocamente derechista. Al final se llegó a un compromiso. En la primera vuelta, la candidatura de derechas la integraron un carlista (Luis Hernando de Larramendi), dos monárquicos alfonosinos (José Calvo Sotelo y Antonio Goicoechea), un agrario (Antonio Royo Villanova), tres miembros de la CEDA (Rafael Marín Lázaro, José María Valiente y José María Gil Robles) y seis independientes. De éstos, dos eran monárquicos con antecedentes liberales (Juan Ignacio Luca de Tena, director de *ABC*, y Javier Jiménez de la Puente, conde de Santa Engracia); y tres representaban a entidades económicas (Honorio Riesgo, Adolfo Rodríguez Jurado y Mariano Matesanz, que a su vez procedía, como sabemos, del albismo). Riesgo era un conocido industrial de Madrid y Rodríguez Jurado ocupaba la vicepresidencia del Comité de Enlace de Entidades Agropecuarias creado aquel año. El sexto y último, Juan Pujol, era por su parte el director del diario madrileño *Informaciones*²⁵.

El 25 de octubre de 1933 se hizo pública la candidatura de derechas por Madrid. Matesanz figuraba en la misma como «presidente del Círculo de la Unión Mercantil y de la Asociación de Agricultores de España», aunque todavía no contaba con autorización para ello en el caso de la primera de las entidades citadas. Al día siguiente, a propuesta de la junta de gobierno del Círculo, se celebró una asamblea general extraordinaria en su salón de actos para someter a discusión el asunto. El local se hallaba abarrotado de socios. Dos de los asistentes propusieron que los comerciantes fueran unidos y votasen al mismo tiempo a todos los representantes mercantiles dado que las listas abiertas lo facilitaban. Otro sostuvo que los comerciantes apoyasen la candidatura del gobierno. Martínez Reus, candidato radical, se opuso a que Matesanz llevase en la candidatura el cargo del Círculo. Tras varias intervenciones más, al final se aprobó por «enorme mayoría» la propuesta de la junta de gobierno en medio de una imponente ovación a su presidente. Con respecto a los apoyos recabados *a priori* por los empresarios independientes de la candidatura conservadora, cuando Lerroix y Maura brindaron la oportunidad de participar en su lista a dos destacados dirigentes corporativos, Rafael Salgado y Casimiro Mahou, presidentes de la Cámara de Comercio y de la Cámara de Industria, respectivamente, ambos declinaron la invitación, según se dijo, con el argumento

²⁵ Tusell (1970), págs. 80 sigs. Según Marcos del Olmo (1995), pág. 154, Matesanz se adscribió a Acción Popular, luchando bajo las siglas de la CEDA en la candidatura derechista madrileña. Pero esta afirmación no encaja con la condición de «independiente» que se le atribuyó en la prensa y que Matesanz hizo suya cuando juró su acta.

de que ya había representantes de las clases mercantiles en la candidatura de las derechas. Pero tal extremo fue desmentido por ellos²⁶.

Si la propaganda de la candidatura conservadora se caracterizó por la negación en bloque de lo que había representado la política del primer bienio republicano, el discurso de Riesgo, Rodríguez Jurado y Matesanz se centró en las cuestiones económicas, abogando por dar soluciones *técnicas* a las mismas en contraste con lo que habían hecho desde el gobierno los republicanos de izquierdas y los socialistas, tachados por ellos de auténticos ignorantes en esas materias. Dada la centralidad política alcanzada por los debates económicos en los dos años y medio anteriores, resulta evidente que aquel discurso *productivista* y *tecnocrático* caló hondo en sectores importantes del electorado, en este caso del electorado de Madrid. El domingo 5 de noviembre se celebró un mitin de la candidatura de derechas en el que además de Gil Robles, Larramendi, Luca de Tena y Goicoechea, habló también Matesanz. En su intervención, dijo que él y el señor Riesgo representaban la vida industrial y mercantil en esta candidatura. Tras hacer el orador un análisis del concepto de patria desde una perspectiva económica, pidió que la «clase mercantil» votase en bloque a las derechas, porque era la candidatura más sólida y cohesionada, y por tanto la que más garantías podía ofrecer a los que tenían intereses económicos que defender. Por si alguien tenía dudas, subrayó que la política no era más que un cauce de la economía en los tiempos modernos. Por eso cada vez era más precisa la intervención de los técnicos económicos en la misma. «En España, sin embargo, se han lanzado al ruedo unos aficionados que han transformado en decretos sus lecturas para arruinar la industria y el comercio». Pidió también una política de defensa de los presupuestos y censuró la costumbre de acometer empresas descabelladas con dinero del Estado. Su intervención terminó, entre grandes aplausos, tras llamar también al voto de las mujeres, «que tienen excelentes condiciones para administradoras». No en vano era la primera vez en la historia que el voto femenino también iba a contar, de ahí que resultara obligado movilizarlo aunque fuera con recursos paternalistas de esa índole²⁷.

El domingo 19 se celebró por fin la elección. Once socialistas y seis candidatos de las derechas fueron los más votados. El día 24 se publicaron los resultados definitivos: Matesanz, con 133.410 votos, se situó el cuarto por las derechas y el decimoquinto de todos los aspirantes. Sólo fue superado por Royo Villanova (139.047 votos), Gil Robles (136.538) y Calvo Sotelo (133.551). Los socialistas los rebasaron con holgura a todos ellos. El más votado fue Besteiro, con 151.905 votos; y el menos, Hernández Zancajo con 135.371. Ahora bien, si la derecha se hubiera unido a la candidatura republicana de centro su victoria habría sido incontestable. Naturalmente, Matesanz se vio beneficiado por su inclusión en las listas de la derecha. Pero

²⁶ *El Debate*, 26-X-1933, pág. 1 y «Los comerciantes a favor del señor Matesanz», *Id.*, 27-X-1933, pág. 2. Salgado y Mahou, en Tusell, ob. cit., imprescindible para estas elecciones, y Bahamonde, Martín y Rey (1988), pág. 244.

²⁷ «Gran mitin de presentación de la candidatura por Madrid», *El Debate*, 7-XI-1933, págs. 1-2.

que Royo Villanova y él —«los agrarios»— ocupasen los primeros lugares del voto conservador demuestra que parte del tirón de esa candidatura se debió a su propio carisma entre una parte importante del electorado. La virtualidad de las listas abiertas fue que, con más o menos matices, pusieron a cada uno en su sitio. Los dos agrarios independientes sumaron muchos más sufragios que el resto de aspirantes de las candidaturas del centro y de la izquierda republicana, incluidas figuras tan importantes como Lerro ux (80.908 votos), Miguel Maura (76.704) y, nada menos, que Manuel Azaña (46.027). O mucho habían cambiado las cosas en los dos años y medio transcurridos desde las anteriores elecciones generales, o a lo mejor es que aquel Madrid que celebró con pasión la proclamación de la República cobijaba una base social conservadora más amplia de lo que el 14 de abril de 1931 pudo dar a entender a primera vista²⁸. Con todo, los resultados expuestos no fueron los definitivos. En Madrid hubo que celebrar la segunda vuelta ya que ningún candidato sumó el 40 por ciento del voto que exigía la ley electoral para ser proclamado diputado; ni siquiera Julián Besteiro, al que le faltaron unos cuatro mil sufragios para superar el porcentaje citado. A esa segunda vuelta sólo acudieron dos candidaturas, la de derechas y la socialista. Los magros resultados obtenidos por las demás disuadieron a sus hombres de volver a presentarse. Los conservadores presentaron una lista con ocho candidatos y no trece. Los cinco restantes ya habían sido elegidos en otros puntos de España por los que también se habían presentado en la primera vuelta. Nadie los sustituyó dado que la ley electoral prohibía la inclusión de nuevos nombres en la candidatura²⁹.

En la segunda vuelta la campaña respondió a una lógica bipolar, o si se quiere —en términos más clásicos—, una lógica *de clase*. Por momentos, se asemejó más a un pulso entre patronos y sindicalistas que a una confrontación electoral entre partidos. En los mítines y alocuciones radiadas de las derechas se hicieron llamamientos expresos «a los comerciantes, industriales y agricultores» planteando los comicios como una disputa entre dos bandos: «los que propugnan la destrucción de toda la economía nacional, como trámite previo para el ensayo de locuras socializantes, y los que quieren defenderla de esa ola destructora», es decir, los «elementos marxistas que arruinan y envilecen España». Se trataba de «defender nuestra secular civilización y hasta los elementales principios de la convivencia social».

²⁸ *El Debate*, 21-XI-1933, pág.1; 22-XI-1933, pág. 1; 23-XI-1933, pág. 2 y 24-XI-1933, pág. 2. Según Tusell, ob. cit., la participación electoral experimentó un aumento importante porque votaron las mujeres, lo que ayudó a que el censo subiese de 230.000 a 530.000 electores, y porque la abstención se redujo de manera notable con respecto a junio de 1931, de modo que la participación saltó del 66 por 100 al 73 (388.000 votantes). En los distritos más conservadores y más acomodados de la ciudad se superó ese promedio. Los mayores apoyos de la candidatura derechista se obtuvieron en los mismos.

²⁹ La candidatura derechista quedó integrada ahora por Rafael Marín Lázaro, Juan Pujol, Luis Hernando de Larramendi, Javier Jiménez de la Puente, Juan Ignacio Luca de Tena, Mariano Matesanz, Adolfo Rodríguez Jurado y Honorio Riesgo. Los tres hombres que habían superado a Matesanz en número de votos —Royo Villanova, Gil Robles y Calvo Sotelo— no figuraban ahora en la lista al haber sido elegidos por otras provincias. Ver *El Debate*, 28-XI-1933, pág. 1 y Gil Robles (1968), págs. 93-106.

Conforme pasaron los días, en efecto, la responsabilidad de la campaña pareció recaer íntegramente en los tres candidatos de significación económica, los cuales, a su vez, dieron la impresión de tener más tirón electoral que sus compañeros de perfil expresamente político. Matesanz no se cansó de pedir a sus electores que votasen íntegra la candidatura, apelando a que votaran también a sus compañeros no empresarios. Luego se centró en sus mensajes. Lo primero de todo era restablecer el orden público, «tan malparado durante dos años». Después habría que ponerse manos a la obra para resolver los desastres económicos producidos en ese mismo período, labor a la que prometió dedicarse en cuerpo y alma en el Parlamento. Por último, no se olvidó de explotar la bandera del anticatalanismo, tan popular y tan rentable, pero desde una perspectiva estrictamente económica, pues no otra le interesaba a él. Lo que «el movimiento catalán tiene de sentimiento, de brote de corazón al conjuro de tradiciones, le merece todo respeto». Lo nuevo en este discurso es que el segoviano no se pronunciaba ahora blandiendo la sangre de la agricultura pisoteada. Donde antes hablaba de agravios a los agricultores, ahora habló de Madrid, rememorando las luchas arancelarias en las que los representantes del comercio capitalino como él habían sido aplastados. Naturalmente, a un electorado urbano como aquél había que darle lo que quería oír. Ahora, afirmó, con la política descentralizadora encima de la mesa, la situación era infinitamente más grave que antaño, porque el Estatuto catalán —al margen de los que pudieran venir después— iba a causar la ruina de la capital de España:

Habrá que cerrar tiendas, los contratistas de obras pueden prepararse a emigrar y los obreros a buscar trabajo fuera. Madrid quedará sin vida. Barcelona, en cambio, se seguirá nutriendo del dinero de España, ahí está la política arancelaria, para ser un Chicago y desde ella se mirará al resto de España como uno de esos territorios de protectorado, que son dominados y explotados por Estados fuertes (...). Esto del dominio económico no es de ahora. Se da con Monarquía y con República (...). Pero nada tan monstruoso como el Estatuto dentro del Estado, y a costa del mismo Estado (...). Ya han ido los catalanes a negociar directamente en Inglaterra cuestiones arancelarias y Marcelino Domingo ha eximido de los contingentes a productos catalanes³⁰.

A tenor de los resultados, el mensaje de Matesanz hizo mella en los electores. Esta vez fue el candidato más votado de la candidatura derechista, con 171.496 votos sobre un total de 354.241 electores que se habían pronunciado. Los trece candidatos socialistas lo sobrepasaron, pero en esta ocasión las distancias se habían acortado significativamente. Apenas le separaron seis mil votos de Besteiro (177.747), que de nuevo fue el socialista que obtuvo mayor respaldo en la capital. En la primera vuelta habían sido más de dieciocho mil los votos que hubo entre ambos candidatos. Largo

³⁰ La lógica bipolar, en un manifiesto firmado el 29 de noviembre por Matesanz, Riesgo y Rodríguez Jurado, *El Debate*, 1-XII-1933, págs. 1-2. El resto es de una conferencia radiada de Matesanz, en *El Debate*, 2-XII-1933, pág. 2.

Caballero, el último de la lista socialista, sólo sacó a Matesanz cuatro mil votos. Poca cosa en verdad, tratándose del carismático líder de la UGT y ex ministro de Trabajo. La abstención en esta segunda vuelta fue mayor, del 31,5 por ciento, más de cuatro puntos por encima de la registrada en la primera, lo que indica que buena parte del voto de centro se quedó en casa, pese a lo cual, proporcionalmente, la derecha creció más que sus rivales: en promedio, 32.000 votos más que en la primera vuelta (Matesanz, casi 38.000), frente a 26.000 de los socialistas. Ello demuestra que los electores conservadores ejercieron su derecho con gran disciplina. Según *El Debate* no faltaron a votar ni las monjas, pese al hostigamiento de que fueron objeto por «mujerzuelas» y «mozalbetes» alentados por socialistas y comunistas. Según sus informes, algunas de ellas incluso habían sido apedreadas. Es el caso que el resultado final dibujó una situación muy próxima al empate. Con un sistema de representación proporcional, la diferencia de diputados electos habría sido a lo sumo de uno (9 socialistas por 8 derechistas, y no 13 y 4 como sumaron respectivamente). Y si Lerroux hubiera dado un apoyo explícito a los conservadores la derrota socialista habría sido fulminante. Como resulta obvio, el tirón de la derecha tuvo mucho que ver con la presencia de candidatos de perfil empresarial y corporativo en su lista —lo que da idea de la polarización social de los resultados—, que parecían puestos ahí expresamente para frenar a los socialistas, por su parte, candidatos de inequívoco perfil sindical. Tres de los cuatro aspirantes conservadores que alcanzaron el escaño en Madrid procedían de la *derecha económica* (Matesanz, Riesgo y Rodríguez Jurado) y se definían como independientes. El cuarto, Pujol, también independiente, mostraba igualmente cierto perfil de técnico, como director de un periódico que era al fin y al cabo. Como se temió Matesanz durante la campaña, sus compañeros más *políticos* al final quedaron apartados del escaño³¹.

Ni que decir tiene que las entidades económicas que habían apoyado la candidatura de Matesanz hicieron suya su victoria: «Fue para nosotros motivo de justificada alegría ver el triunfo resonante de nuestro presidente, D. Mariano Matesanz». Él mismo escribió al poco de las elecciones con la conciencia de que los diputados de significación empresarial incluidos en las distintas formaciones derechistas eran la esperanza para solventar el desbarajuste económico producido en el primer bienio: «en el difícil momento que atraviesa España, el país, con sus votos, claramente ha dicho que ese era también su modo de pensar». Y lo mejor era, como apuntó un colega suyo en la ejecutiva de la Asociación de Agricultores, que esta tónica se había proyectado por toda España: «hoy cuenta la agricultura con numerosos valedores dentro de las Cortes. No se podrá alegar ya la escasez de Dipu-

³¹ Tusell, ob. cit., y *El Debate*, 5-XII-1933, págs. 1-3. Según este periódico, los candidatos derechistas sumaron los siguientes resultados: Matesanz, 171.757; Riesgo, 171.546; Rodríguez Jurado, 171.316; Pujol, 171.126; Marín Lázaro, 171.032; el conde de Santa Engracia, 170.140; Larramendi, 168.839, y Luca de Tena, 168.054. Pero estos resultados hay que corregirlos ligeramente a la baja. Las cifras que en el texto se atribuyen a Besteiro, Largo Caballero y Matesanz son las definitivas, y proceden del *Archivo del Congreso de los Diputados*, Serie de documentación electoral, leg. 139, exp. núm. 30 y ACOCIM, Expediente personal de M. Matesanz.

tados de carácter agrario. Los hay de todas las clases, y formando parte de todos los partidos políticos, sin que falten tampoco los independientes.» Por fin había llegado el momento de enderezar tanta injusticia, tanto desastro y tanto desatino. Lo dejó bien claro el segoviano de Arganda del Rey. En el próximo Parlamento la economía debía «merecer la mayor atención de todos y relegarse los problemas políticos a un segundo término»³².

DIPUTADO EN LAS CORTES REPUBLICANAS

El escaño obtenido por Matesanz y los otros empresarios incluidos en la candidatura derechista de Madrid, por encima de la polarización social y de la importancia coyuntural que adquirieron los problemas económicos en el debate político, debe entenderse, siquiera en parte, como resultado de las redes gremiales que el mundo del comercio y de la industria habían tejido desde tiempos remotos en la capital (a través de círculos, casinos, asociaciones de ramo, conmemoraciones, asambleas, una prensa profesional muy abundante...). Porque el proletariado madrileño que volcó masivamente sus votos en los socialistas no se enfrentó en noviembre-diciembre de 1933 con *la oligarquía*, o no sólo con la oligarquía, sino también y sobre todo con esa mesocracia industrial, mercantil, artesanal, vinculada a modestos negocios o adscrita a las profesiones liberales y al funcionariado que definían esta ciudad. Aquí, la gran industria —con la excepción de algunas grandes empresas de la construcción y poco más— apenas había arraigado. Por mucho que la capital se hubiera secularizado, por mucho que una intelectualidad laica soñara desde tiempo atrás con embellecerle la cara con sus proyectos, y por muchos trabajadores que aglutinara la Casa del Pueblo socialista —y últimamente el anarquismo, sobre todo trabajadores parados—³³, aquel Madrid también debía su personalidad a unas clases medias empresariales y profesionales muy numerosas y en el fondo bastante conservadoras, aunque a efectos cuantitativos históricamente siempre se habían hallado más próximas al liberalismo que a la reacción. En los comicios mencionados, esas clases, desencantadas ya mayoritariamente de sus devaneos republicanos de 1931 —a golpe de tanto intervencionismo gubernamental, tanta arrogancia sindical, tanta violencia y tanto desorden— decidieron que ya era hora de rectificar. Pues una cosa era traer la República y echar al Rey para construir una democracia pluralista que modernizara este país tan atrasado, y otra muy distinta abrir de par en par las puertas al socialismo o, en el peor de los casos, a *la revolución*, que en tales términos analizaban lo que había ocurrido en los dos últimos años. Como es obvio, las redes de sociabilidad católicas también pesaron lo suyo en los resultados electorales de 1933. La política anticlé-

³² BAAE, IV-VI-1934, pág. 98 y M. Matesanz, «La desorganización económica nacional», BAAE, IX-XII-1933, págs. 214-217. El colega era Jesús Cánovas del Castillo («La situación del campo y el movimiento agrícola», *Ibid.*, págs. 217-219).

³³ Para el retrato sociológico del Madrid de los años treinta, Juliá (1984).

rical del primer bienio se había agitado eficazmente cual insoportable espantajo desde las sacristías, los púlpitos y el sin par y poliédrico mapa asociativo católico, que no dejaba tramo de edad y sexo sin tocar con sus prédicas, desde los niños y jóvenes a los hombres maduros y a los ancianos, y, por supuesto, a las mujeres —casadas o solteras—, cuyas potenciales virtudes políticas tan bien supo ver Matesanz. Los católicos militantes movilizaron todo lo movilizable, incluidos los muchos obreros y artesanos que todavía se declaraban fieles a la Iglesia, incombustibles ante el discurso de la revolución o ante el jacobinismo republicano.

Así pues, las clases medias profesionales y los católicos fueron los que auparon al segoviano-madrileño y a sus compañeros empresarios al escaño. Al fin y al cabo, por más que el rincón más profundo de su corazón lo reservase para su vieja tierra castellana, Madrid también era la ciudad de don Mariano. Aquí tenía sus negocios, sus amigos, y sus contactos, y no en vano aquí había puesto también su casa cuando contrajo matrimonio. Matesanz se hallaba en deuda con esta ciudad, y en consecuencia se dispuso a servirla plenamente consciente de los orígenes variopintos de sus apoyos electorales, aunque para ello tuviera que soslayar algo la calificación de «agrario». Públicamente expresó su agradecimiento a sus compañeros de candidatura y en especial a Gil Robles «por los alientos que supo infundirnos»: «Estoy en la Cámara por haber ido en las elecciones en una conjunción de derechas, con una significación especial de orden económico (...) reconociendo como base de él la agricultura». Posiblemente, fue en virtud de tales orígenes por lo que decidió mantener su condición de «independiente» al tomar posesión del acta, lo cual no deja de llamar poderosamente la atención. Como hicieron una veintena de diputados, lo más lógico es que se hubiera integrado en el Partido Agrario Español creado por el burgalés José Martínez de Velasco al poco de constituirse el nuevo Parlamento. Sus orígenes y su discurso eran idénticos, los del agrarismo de lejana impronta liberal. Escuchar a Matesanz suponía oír la misma melodía que si se escuchaba al citado Martínez de Velasco —con el que le unía una vieja amistad—, a Luis Rodríguez de Viguri, a Nicasio Velayos, a José María Cid o a Antonio Royo Villanova. Un repaso al semanario *Horizontes*, órgano oficial del citado partido, refuerza la misma impresión. La comunión ideológica de los agrarios con la Asociación de Agricultores de España y con Matesanz era evidente. En una ocasión en que Martínez de Velasco intervino en la sede de esa entidad, donde aprovechó para hacer balance de la actuación del Partido Agrario en su primer año de existencia, lo expresó meridianamente: «con vosotros estoy totalmente identificado»; «pueden contar conmigo para cuanto sea indispensable para defender todos estos intereses». «El partido agrario está absolutamente a vuestra total disposición». «Yo estoy a vuestro lado, incondicionalmente a vuestro lado». Matesanz, por tanto, pudo mantenerse formalmente como independiente, pero sus tomas de posición y su discurso no difirieron un ápice de los del Partido Agrario, al que respaldó abiertamente convencido de que los sectores agrarios que representaba debían implicarse a fondo en la política a través del mismo:

Bien sé que esto no se puede lograr más que por medio de la política. Por eso digo una vez más desde aquí que se puede pasar por todo, absolutamente por todo, menos por que el agricultor no sea político, en el sentido más amplio y estricto de la palabra; ha de ser político para que tenga la realidad económica que debe tener. Eso esperamos nosotros del partido agrario, a eso ayudaremos cuanto podamos, y yo, que conozco de siempre al Sr. Martínez de Velasco, ilustre jefe del mismo, a él se lo pido³⁴.

La idea de crear un partido agrario se remontaba, cuando menos, a los años ochenta del siglo XIX. Desde entonces, se resucitó el proyecto de tarde en tarde, pero no fue hasta la Segunda República cuando se hizo realidad. Ya en la primera legislatura republicana había funcionado una «minoría agraria», muy plural ideológicamente, integrada por 26 diputados. Tras las elecciones de noviembre de 1933, los diputados que asumieron la calificación expresa de «agrarios» fueron 36, de los cuales sólo 21 se integraron inicialmente en la nueva formación de Martínez de Velasco. Por tanto, el agrarismo no se confundió con el partido creado por el de Aranda de Duero. Esta bandera era lo suficientemente atractiva como para que nadie pudiera monopolizarla. Así, los 115 diputados de la CEDA constituyeron su propia «minoría popular agraria», y «agrarios» se denominaron también muchos otros representantes en Cortes de partidos tan dispares como Renovación Española, la Comunión Tradicionalista, los grupos republicanos de derechas, el Partido Radical y hasta la Lliga Catalana. La profesión explícita de republicanismo que hicieron los seguidores de Martínez de Velasco y su condición de socios del Partido Radical desde los inicios de aquella legislatura no las aceptó la mayoría de los que se llamaron agrarios en las derechas. Socialmente conservadores, pero liberales en política —no en vano la mayoría procedían de la Izquierda Liberal— los diputados del Partido Agrario —ante todo un partido de intereses— pusieron su mayor empeño en combatir la reforma agraria y en modificar la Constitución para impulsar una República más conservadora. No por casualidad sus candidatos se vieron apoyados por las organizaciones de propietarios y labradores durante la campaña electoral. En clara disputa con la CEDA, su base social se nutrió con sectores vinculados de uno u otro modo a postulados ruralistas, los labradores acomodados y medios en primer lugar, pero también una buena porción de campesinos propietarios más modestos. Como el *albismo* de antaño, su principal reserva de votos se concentró en Castilla la Vieja y León, así como también, aunque en menor cuantía, en Castilla la Nueva, Aragón y Levante. Su tradición agrarista conectaba con el asociacionismo patronal laico y liberal forjado desde mediados del siglo

³⁴ Palabras de Matesanz en la presentación de la conferencia que dio Martínez de Velasco el 9 febrero de 1935 en la sede de la AAE. Entre otros, también se hallaba allí presente Antonio Royo Villanova (*BAAE*, III-1935, págs. 18-29). También, en *Horizontes*, 12-II-1935. En la Hemeroteca Municipal de Madrid se conservan los 19 primeros números del semanario, que vio la luz el 7 de enero de 1935. El reconocimiento a Gil Robles, en *Diario de Sesiones del Congreso* (en adelante, *DSC*, 11-IV-1934, pág. 2.182).

XIX, que era ajeno a otras tradiciones agraristas, en particular la que inspiró el catolicismo social un poco más tarde, a partir de los años noventa de aquella centuria. Matesanz encarnaba en su persona los valores y estrategias de la primera de las dos tradiciones citadas. Gil Robles y su fuerza política bebían expresamente en las fuentes y redes sociales de la segunda. Sólo desde la ignorancia o el sectarismo podrían agruparse en el mismo saco dos corrientes tan distintas, que en realidad, desde varias décadas atrás, venían compitiendo por atraerse al campesinado a sus respectivas filas³⁵.

Gracias a su condición de independiente, Matesanz no se ató a ningún grupo parlamentario. En la práctica apoyó a unos u otros en virtud de sus propias conveniencias, pero en los debates se alineó sin problemas con los agrarios cuando lo estimó oportuno. Al segoviano y a éstos les alejaba de la CEDA su aceptación expresa de la República, sus posiciones centralistas, su laicidad liberal —aunque la mayoría se declarasen católicos— y sus propuestas de colaboración constructiva con los gobiernos del Partido Radical. Significativamente, su antiguo líder, Santiago Alba, había ingresado en esa formación poco antes de las elecciones de noviembre, siendo elegido en compensación presidente de las segundas Cortes republicanas. Con respecto a su talante liberal, resulta esclarecedor que en las Cortes Matesanz se refiriera al socialista Indalecio Prieto como «mi amigo». No obstante, esa vocación posibilista no privó a los agrarios de llevar a efecto una impugnación global de la reforma agraria. En esta cuestión sus posturas resultaron más inflexibles que las de la corriente moderada de la CEDA liderada por el católico social Giménez Fernández. Cuando Nicasio Velayos accedió al Ministerio de Agricultura, la Confederación Española Patronal Agraria afirmó que los agricultores habían conquistado dicho organismo. Con todo, a su paso por aquel Parlamento del segundo bienio republicano, ya viejo y delicado de salud, Matesanz actuó muchas veces en solitario, como una especie de Robinson enrabiado porque no se le hiciera suficiente caso a los asuntos económicos cotidianos que él consideraba trascendentales. Un día, José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador volcado ya en un proyecto peculiar de fascismo español, se burló del anciano político liberal:

³⁵ En su rastreo del agrarismo político, Gil Cuadrado (2000) se remonta a una iniciativa vislumbrada en 1912, para a continuación centrarse en el antecedente inmediato del partido de Martínez de Velasco, el llamado Partido Nacional Agrario fundado en Valladolid y luego integrado en aquél. Pero la idea era más vieja. García Venero (1963), pág. 331, afirma con acierto que los móviles del Partido Nacional Agrario «se acercaban a los que tuvo, en la Restauración, la Liga Agraria». Véase también Cabrera y Rey Reguillo (2002), págs. 98-99 y 118-119. Un estudio del *agrarismo* político en la crisis de la Restauración, en Rey Reguillo (1992), págs. 707-747 y *passim* también para la vinculación de Matesanz con la corriente asociativa laica. Las dos tradiciones agraristas en competencia, en Sanz Lafuente (2000), que se centra en Aragón, y en Calvo Caballero (2003), que analiza las provincias castellano-leonesas. La minoría agraria de 1931, en López López (1984), que no agota su historia. La caracterización del Partido Agrario, en Rueda (1976), Gil Cuadrado, ob. cit., González Cuevas (2000), págs. 301 y 336, y Gil Pecharromán (2002), págs. 185 y 203-205. Malefakis (1982), pág. 403 ss. subraya también el perfil centro-derechista de aquel partido. En cambio, Preston (1987), págs. 148, 156, 216-217 y 220, no entra en finuras analíticas, de ahí que lo considere una fuerza reaccionaria más, equiparable a las derechas más duras.

«No le interrumpan, porque cada día tiene peor genio». Y es que, ciertamente, Matesanz se tomó su compromiso electoral muy en serio, hasta el punto de enojarse a menudo ante el poco eco que encontraban sus propuestas en la Cámara parlamentaria. Volvió a hablar contra la elevación de tarifas ferroviarias; impugnó, por inútil y burocrático, el Consejo Ordenador de la Economía Nacional creado en abril de 1932; arremetió contra los industriales del textil en defensa de los cultivadores del algodón nacional; a los líderes de la Lliga, Ventosa y Cambó, y a los intereses que defendían les recriminó haber recibido un trato privilegiado por parte de la dictadura en el orden económico; criticó las importaciones de trigo realizadas en 1932 por orden de Marcelino Domingo y, por supuesto, también se quejó por enésima vez de la escasa protección que recibía la agricultura autóctona, pese a continuar siendo el cimiento de la economía nacional. Sin embargo, Matesanz advirtió muy pronto que predicaba en el desierto, en un Parlamento más interesado por la política en estado puro y por las luchas de poder que por los problemas económicos del día a día. Por ello, amagó con irse:

(...) en los tres meses que llevan funcionando estas Cortes no ha habido posibilidad de tratar de los asuntos más fundamentales que hay para la vida española, como son los económicos (...). Además del deseo, existe nuestra promesa, con respecto al encargo que hemos recibido del Cuerpo electoral, de ocuparnos en estos fundamentales problemas, porque no hay otros en la Cámara que los superen en importancia (...). ¿Es posible que sigamos así, cuando todo el mundo nos da el ejemplo contrario? ¿Es posible que ocurra esto después de los esfuerzos que hemos realizado algunos durante muchos años para crear lo que pudiéramos llamar un alma económica nacional? (...) Si esto continúa así, si las interpelaciones son interrumpidas en cuanto hablan las primeras figuras parlamentarias, nos vamos a ver obligados a decir que para eso no hemos venido y a retirarnos de aquí (...). Aquí se habla constantemente de dictadura, que tanto quieren unos y temen otros, y lo cierto es que estamos yendo por un camino —me están dando unos deseos muy grandes de demostrarlo— que va, no a una dictadura, sino a una tiranía de técnicos y funcionarios del Estado, que son los que quieren ordenar la Economía, para lo cual está el Parlamento, que se halla por encima de todo³⁶.

Al final, Matesanz no se marchó del Parlamento republicano, por lo que tuvo ocasión de comprobar cómo los partidos en presencia fueron incapaces de estabilizar el clima político y de paso —unos porque no quisieron y otros porque no pudieron— el propio régimen, condición *sine qua non* para garantizar el mínimo de tranquilidad necesario que preservase la

³⁶ DSC, 8-IV-1934, págs. 1387-1388. Para el Partido Radical visto atinadamente como una fuerza de centro, Townson (2002). Las intervenciones parlamentarias de Matesanz, en DSC, 24-III-1934, págs. 1835-1837 (en defensa del algodón); 22-III-1934, págs. 1723-1732 (contra el Consejo Ordenador); 11-IV-1934, págs. 2.181-2.192, 4-V-1934, págs. 2.614-2.616 y 2.620, y 10-V-1934, págs. 2.772-2.774 y 2.782-2.784 (contra el aumento de tarifas ferroviarias); 13-VI-1934, págs. 3.660-3.662 (críticas a Cambó y al Fomento del Trabajo Nacional, referencia a Prieto y la cita de J. A. Primo de Rivera); 22-II-1935, págs. 6.561-6.563 y 13-XI-1935, págs. 10.553-10.555 (importaciones de trigo). Lo de la CEPA, en *El Debate*, 16-V-1935, cit. en Gil Cuadrado (2000), pág. 73.

prosperidad y el desarrollo económicos, en bien particularmente de la agricultura. Al fin y al cabo, para cumplir ese objetivo fue por lo que Matesanz había ido a aquellas Cortes. Después de la revolución de octubre de 1934 el combate político se endureció y enrareció hasta extremos nunca vistos. El relativo deslizamiento de los agrarios hacia posiciones autoritarias fue hijo de ese ambiente y de la conmoción que les produjo aquella insurrección armada contra el gobierno legítimamente constituido. El respeto a las reglas de juego no sólo era el fundamento inexcusable para la creación de riqueza sino también la garantía más elemental de la convivencia y del orden social. Bajo esa lógica es como hay que entender la obsesión antirrevolucionaria que se apoderó de sus cabezas, convencidos de que a esta situación se había llegado como consecuencia de la falta de autoridad³⁷.

Si bien no eran partidarios de confiar a los militares las riendas del poder, la defensa del principio de autoridad se convirtió desde entonces en una de sus preocupaciones permanentes. Lo subrayó Martínez de Velasco: «las sociedades no se pueden formar más que a fuerza de autoridad y manteniendo el principio de autoridad». En caso de asumir la responsabilidad de gobernar, el líder agrario se mostró dispuesto a llegar «con toda decisión, en defensa de los intereses del país y de los más supremos de la Patria, hasta la supresión, por ilegales, de todos aquellos partidos que tuvieran como base de su programa el desorden y fueran capaces, además, de pregonar la revolución». Pues no bastaba con sofocar las revoluciones, sino que había que desarticular implacablemente las fuerzas que las alentaban. Ante los enemigos del orden social no se podía claudicar. Obviamente, en éste y otros pronunciamientos de similar índole vertidos por entonces latía la amargura producida porque su aliado en el gobierno, el Partido Radical, y el presidente de la República no hubieran dado alas a una política represiva más firme hacia los responsables de la intentona insurreccional de octubre. Ese discurso, impregnado de forma creciente de tonos bélicos, lo alimentaron aún con más ímpetu el Bloque Nacional de Calvo Sotelo y la mayoría de la CEDA, pero desde posiciones claramente antirrepublicanas, en contraste con el Partido Agrario. Con más o menos matices, un discurso parecido lo emitían algunas organizaciones patronales. Así lo tradujo Carlos Padrós, presidente de la CEPA, el 15 de mayo de 1935 con motivo del día de la agricultura:

Dominada la revolución (...) el país entero ha podido apreciar que, no sólo no ha habido escarmiento, sino que, confundiendo la piedad con la lenidad, ya se advierten destellos de futuros rebrotes, altaneramente anunciados, para que todos se den cuenta de que la amenaza subsiste, cerniéndose de nuevo sobre los españoles que quieren trabajar y vivir en paz. A ese peligro sólo puede hacerse frente con autoridad, sin debilidades, dando de lado a las luchas políticas (...) no estará de más hacer saber que la agricultura, como clase social productora y contribuyente, no se halla

³⁷ Los miembros de la ejecutiva de la AAE contribuyeron, con cinco mil pesetas de sus propios bolsillos, a la suscripción abierta a favor de la fuerza pública con motivo de los sucesos revolucionarios (Jesús Cánovas del Castillo, «La vida nacional en el último trimestre», *BAAE*, X-XII-1934, págs. 206-209 y *BAAE*, IV-VI-1935, pág. 92).

dispuesta a dejarse arrollar, que vive alerta y preparada a no consentir que España desaparezca del conjunto de países civilizados.

En el mismo acto, la Asociación de Agricultores de España, a través de Mariano Matesanz, presentó unas conclusiones al ministro de Agricultura donde se remachaba en la necesidad de apoyar la legalidad constituida para alejar el fantasma de la revolución:

En este sentido, y siendo la agrícola, tradicionalmente, la más callada, la más curtida en la resignación y la más carente de fuertes valedores que la amparen, se halla dispuesta a estar en todo momento al lado del Poder público, para oponerse con todas sus fuerzas, cueste lo que cueste, a cualquier intento de rebrote de propósitos perturbadores y de destrucción como los felizmente dominados, merced al patriotismo y lealtad del Ejército, de la Guardia Civil y demás fuerzas públicas³⁸.

Pese a estos pronunciamientos, la inquietud persistió en los medios conservadores y empresariales. Políticamente, 1935 fue un año muy complicado. La supuesta amenaza *fascista* que iba a destruir la República una vez que la CEDA accediera al poder, aireada con anterioridad por los socialistas para justificar su revolución, se quedó en agua de borrajas a pesar de la derrota de la izquierda después de octubre. Pero la sucesión de varios gabinetes de coalición, sumamente heterogéneos, sin que ninguno acertara a gobernar con comodidad imposibilitó la normalización de la vida política. Las divisiones y las luchas por el control de los sucesivos gobiernos —integrados por radicales, cedistas, agrarios, liberaldemócratas...— impidieron toda salida constructiva. En este contexto, las responsabilidades institucionales asumidas por varios dirigentes del Partido Agrario desgastaron su causa. Ese desgaste influyó negativamente en las propias entidades agrícolas y grupos de interés que lo habían respaldado. A pesar de ver culminada la paralización de la reforma agraria, en vísperas de las elecciones de febrero 1936 el pesimismo se había apoderado de los dirigentes de la AAE, incluido el propio Matesanz. Aun reconociendo lo primordial de «luchar contra el espíritu y los propósitos revolucionarios y separatistas, que, de prevalecer, hundirían a España en la desolación y la ruina», al final optaron por desmarcarse de una opción política concreta, apelando de manera etérea a votar «a los auténticos labradores, cualquiera que sea la afiliación con que se presenten, con tal de que luego no les dejen en la estacada»:

El malestar del campo ha llegado a términos jamás conocidos. Las producciones principales (trigo, vino, aceite) se desenvuelven en un régimen de penuria económica, que tiene postrados a los labradores (...) se les hizo creer un día que todos sus males tendrían remedio tan pronto como, incorporándose a un movimiento de agrarismo, con unos u otros matices, contarán en el Parlamento con representantes genuinos (...) y han trans-

³⁸ «El Día de la Agricultura», *BAAE*, IV-VI-1935, págs. 94-97. Las palabras de Martínez de Velasco, en la conferencia citada del 9 de febrero de 1935.

currido dos años, desfilando por el Gobierno Ministros y Subsecretarios y Directores generales del ramo agrícola, y cada vez empeorándose su situación (...). De este modo se ha llegado a la situación presente, en la que late en el campo una protesta contra cuanto signifique agrarismo al uso. La etiqueta de agrario está completamente desprestigiada»³⁹.

En su última intervención parlamentaria, a finales de 1935, Mariano Matesanz apeló también a la unión de los agricultores, pero con un laconismo que revelaba su cansancio y su desilusión. Ahora más que nunca, el clima político no presagiaba nada bueno para su causa:

Vuelvo a decir, en esta Cámara donde parece que hay muchos agrarios y también muchos agricultores, que si seguimos en la situación en que estamos, los del aceite por un lado, los del vino por otro, los del trigo por aquí, los de la remolacha y los hortelanos por allá, continuaremos siempre lo mismo, sin redención posible (...) no hacemos más que perder, yo por lo menos, y supongo que también la mayoría de los que me escuchan y son agricultores (...). Yo llevo treinta años (veinticinco de ellos puede decirse que en esta casa) repitiendo lo mismo, y no quisiera más, al llegar al fin de mi vida, que ver a los agricultores unidos diciendo: A defender lo nuestro como los demás defienden lo suyo (...). [Si no, llegaremos a] la tiranía de un mandarinato administrativo que con tener vulgares conocimientos y no conociendo la realidad en la producción, disponga o pueda disponer de los caudales públicos y de todo lo que nosotros representamos en la economía nacional⁴⁰.

No consta que Matesanz se presentara a las elecciones de febrero de 1936. A diferencia de la CEDA, la extrema derecha monárquica quiso excluir a los agrarios de las alianzas preelectorales. Pero la derecha católica no aceptó esas presiones. De modo que, gracias a los pactos logrados en cada circunscripción y a su propio tirón, el Partido Agrario obtuvo 12 escaños. Con todo, su actividad decayó casi por completo en los agitados meses previos a la Guerra Civil, quedando reducida de hecho a los trabajos parlamentarios. Por encima de sus muchas afinidades ideológicas y estratégicas, de esta etapa cabe destacar cómo los agrarios se distanciaron de los otros diputados derechistas al mantener una actitud sumamente respetuosa con las instituciones republicanas. En medio de las continuas huelgas, la intensa violencia política, las masivas e ilegales ocupaciones de tierras, el creciente poder de las organizaciones obreras en la calle y en los ayuntamientos, y el cerco a los partidos de derechas, a los católicos y a las organizaciones patronales, la voluntad de cooperar llevó al Partido Agrario a votar la candidatura de Azaña para la presidencia de la República. De entrada, un gesto de este tipo no deja de sorprender, pero bien mirado su proyecto político, a pesar de la deriva autoritaria del año anterior, provenía de una tradición constitucional que no era precisamente la que había guiado a las derechas antirrepublicanas —católica, carlista, alfonsina y fascista— en el período

³⁹ J. C. del C., «Los agricultores ante las elecciones», *BAAE*, X-XII-1935, págs. 238-240.

⁴⁰ *DSC*, 13-XI-1935, pág. 10.555.

precedente. De todas formas, gestos de esa naturaleza ya sirvieron de poco en medio del enfrentamiento en ciernes. El estallido de la guerra simplificó brutalmente el escenario. Como el conjunto de las derechas —excepciones individuales muy contadas aparte—, las elites supervivientes del Partido Agrario se alinearon con los insurgentes. Su caso fue idéntico al de otras fuerzas del centro o de la derecha moderada (Partido Radical, Lliga, republicanos de perfil liberal, etc.): cogidas entre dos fuegos, y con el espectáculo de la revolución proletaria enseñoreada de la España republicana, no les quedó otra opción que decantarse por uno de los bandos en liza⁴¹.

Pese a su intenso protagonismo como político y líder patronal, en los tres años siguientes Matesanz tuvo más suerte que muchos de sus coetáneos y correligionarios. Por ejemplo y sin ir más lejos, su viejo amigo José Martínez de Velasco, que fue asesinado en la Cárcel Modelo de Madrid en el verano fatídico de 1936. Matesanz sobrevivió al terror revolucionario, a la oleada colectivizadora que sacudió a media España y al propio conflicto bélico. En la posguerra, ya muy mayor, aún tuvo fuerzas para atender sus negocios y para asistir a las reuniones de la ejecutiva de la Asociación de Agricultores, de la que todavía era presidente. Pero las cosas habían cambiado mucho. Las organizaciones empresariales a las que él había dedicado su vida perdieron prácticamente toda su capacidad de influencia en las decisiones económicas del régimen que salió de la guerra. La dictadura franquista, profundamente antiliberal, estatista e intervencionista, montó un entramado corporativo autoritario propio que de hecho condenó a las antiguas entidades patronales al ostracismo. La mayoría de ellas desaparecieron o permanecieron inactivas durante décadas. Por más que se alejara el espantajo de la revolución y se preservara la propiedad privada, en aras de la política autárquica y de industrialización a ultranza que impulsó el *Nuevo Estado* se postergaron los intereses agrarios por los que tanto había bregado nuestro personaje durante toda su vida. Las retóricas ruralistas de las que se sirvieron a menudo los nuevos gobernantes carecieron en la práctica de contenido. Mariano Matesanz tuvo tiempo suficiente de advertir, seguramente con estupor, el rumbo asumido por la política económica de la dictadura. El temor expresado tantas veces en su vida de que cayera la agricultura —y por extensión la economía nacional— en manos de un vulgar e ignorante «mandarinato administrativo» y burocrático se hizo realidad. Paradójicamente, los malos augurios expresados en el período republicano se cumplieron de la mano de los impugnadores violentos de aquella experiencia política. Pero a nuestro protagonista le quedaba ya poco aliento. Mariano Matesanz de la Torre falleció en Madrid el 14 de marzo de 1945, a los 77 años de edad⁴².

⁴¹ El voto a Azaña, en Gil Cuadrado (2000), págs. 77-78. Pactos preelectorales, en González Cuevas (2000), págs. 350-351, y 360 para el apoyo a los insurgentes.

⁴² Aparte de sus familiares y amigos, a los funerales que le dieron a Matesanz en varias iglesias de la capital y a las esquelas mortuorias se sumaron la Asociación de Agricultores de España, el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial de Madrid y los consejos de administración de las muchas empresas en las que había tenido participación o puestos de responsabilidad. En los mismos se subrayó su «gran predicamento en los medios agrarios» y «en los círculos financieros y políticos». También se le hicieron funerales en Villaverde —donde el finado había

BIBLIOGRAFÍA

- BAHAMONDE MAGRO, Angel; MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. y REY REGUILLO, Fernando del (1988), *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1887-1987. Historia de una institución centenaria*, Madrid.
- BEN-AMI, Shlomo (1983), *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, Barcelona.
- CABRERA, Mercedes (1983), *La patronal ante la Segunda República. Organizaciones y estrategia, 1931-1936*, Madrid.
- CABRERA, Mercedes; COMÍN, Francisco y GARCÍA DELGADO, José Luis (1989), *Santiago Alba. Un programa de reforma económica en la España del primer tercio del siglo XX*, Madrid.
- CABRERA, Mercedes y REY REGUILLO, Fernando del (2002), *El poder de los empresarios. Política e intereses económicos en la España contemporánea (1875-2000)*, Madrid.
- CALVO CABALLERO, Pilar (2003), *Asociacionismo y cultura patronales en Castilla y León durante la Restauración (1876-1923)*, Salamanca.
- CARASA, Pedro (dir.) (1997), *Elites castellananas de la Restauración*, 2 vols., Salamanca.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (1917), t. 33, Madrid, [reimpresión, 1990].
- GARCÍA VENERO, Maximiano (1963), *Santiago Alba, monárquico de razón*, Madrid.
- GARRABOU, R.; BARCIELA, C. y JIMÉNEZ BLANCO, M. I. (eds.) (1986), *Historia agraria de la España contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*, Barcelona.
- GIL CUADRADO, Luis Teófilo (2000), «El Partido Agrario Español (1930-1936). Supuestos para una investigación», *Aportes*, núm. 43, págs. 61-78.
- GIL PECHARROMÁN, Julio (2002), *Historia de la Segunda República Española (1931-1936)*, Madrid.
- GIL ROBLES, José María (1968), *No fue posible la paz*, Barcelona, Planeta.
- GÓMEZ BARDAJÍ, Julio; GÓMEZ BARDAJÍ, Joaquín y ORTIZ DE BURGOS, José (1918), *Anales parlamentarios. Cortes de 1914*, Madrid.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (2000), *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid.
- Guía Oficial de España. 1926* (1926), Madrid.
- JULIÁ, Santos (1984), *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid.
- LÓPEZ LÓPEZ, Alejandro (1984), *El boicot de la derecha a las reformas de la Segunda República. La minoría agraria, el rechazo constitucional y la cuestión de la tierra*, Madrid.
- MACARRO VERA, José Manuel (2000), *Socialismo, República y revolución en Andalucía (1931-1936)*, Sevilla.
- MALEFAKIS, Edward (1982), *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona.
- MARCOS DEL OLMO, María Concepción (1995), *Voluntad popular y urnas. Elecciones en Castilla y León durante la Restauración y la Segunda República (1907-1936)*, Valladolid.
- MARÍN ARCE, José María (1991), *Santiago Alba y la crisis de la Restauración, 1913-1930*, Madrid.

tenido muchas de sus propiedades— y Arganda del Rey, y, por supuesto, en tanto que «ilustre hombre público segoviano», en Cuéllar, Navas de Oro y Navalmanzano, localidades de la provincia de Segovia ligadas por razones familiares, políticas y económicas a nuestro personaje. Cf. «Fallece en Madrid el ilustre político segoviano don Mariano Matesanz», *El Adelantado de Segovia*, 15-III-1945, pág. 2; «Fallecimiento de Don Mariano Matesanz de la Torre», *ABC*, 15-III-1945, pág. 14, y *ACOCIM*, Expediente personal. La supeditación de la agricultura a la deriva industrialista del franquismo, en Garrabou, Barciela y Jiménez Blanco (eds.) (1986).

- MARTORELL, Miguel (2000), *El santo temor al déficit. Política y Hacienda en la Restauración*, Madrid.
- MATESANZ DE LA TORRE, Mariano (1915), *Política arancelaria. Conferencia leída en la «Semana Agrícola» de Valladolid*, Madrid.
- (1920), *Discurso del Excmo. Sr. D. Mariano Matesanz en la Asamblea Agraria de Toledo*, Madrid.
- (1923), *El Catastro y los convenios comerciales en el Congreso. Defensa de los intereses agrícolas. Discursos*, Madrid.
- (1925), *La protección a la producción nacional y la sociedad Altos Hornos de Vizcaya*, Madrid.
- (1927), *Las tarifas ferroviarias. Derivaciones del contrato de transporte*, Madrid.
- (1928a), *Ante la próxima revisión arancelaria*, Madrid.
- (1928b), *El Arancel en relación con la industria de superfosfato en España*, Madrid.
- y GARRIDO, Andrés (1924), *Régimen ferroviario. Voto particular formulado ante el Consejo Superior de Ferrocarriles, en representación de la agricultura nacional, por los señores...*, Madrid.
- y GARRIDO, Andrés (1925), *Las «reservas» ferroviarias*, Madrid.
- PRESTON, Paul (1987), *La destrucción de la democracia en España*, Madrid.
- REY REGUILLO, Fernando del (1992), *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid.
- REY REGUILLO, Fernando del (2004), «Mariano Matesanz de la Torre (1867-1945)», en Eugenio Torres Villanueva (ed.), *Los cien empresarios madrileños del siglo XX*, (en prensa).
- RUEDA, Germán (1976), «El Partido Agrario Español (1934-1936)», *Revista de Estudios Políticos*, núms. 206-207, págs. 303-323.
- SÁNCHEZ DE LOS SANTOS, Modesto (1911), *Las Cortes españolas de 1910*, Madrid.
- (1914), *Las Cortes españolas, las de 1914*, Madrid.
- SANZ LAFUENTE, Gloria (2000), *Las organizaciones de propietarios agrarios en Zaragoza, 1890-1923*, Zaragoza.
- TOWNSON, Nigel (2002), *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Madrid.
- TUSELL, Javier (1970), *La Segunda República en Madrid, elecciones y partidos políticos*, Madrid.
- TUSELL, Javier (1982), *Las Constituyentes de 1931, Unas elecciones de transición*, Madrid.